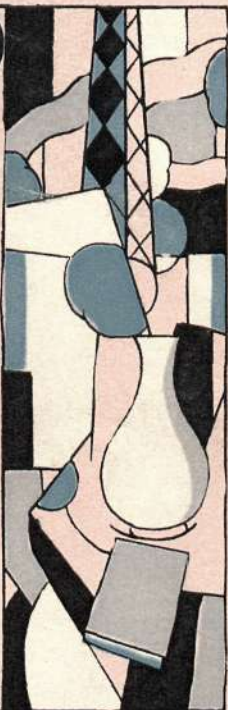


CONTEMPORANEOS

SUMARIO

G. Owen: *EXAMEN DE PAUSAS*.—G. Estrada: *CRUCERO*.—X. Villaurrutia: *FICHAS PARA LAZO*.—A. Lazo: *ACUARELAS Y OLEO*.—J. Mañach: *GENOVEVA IN FRAGRANTI*.—M. O. de Mendizábal: *INDEPENDENCIA RELIGIOSA DE LOS INDIGENAS*.

MOTIVOS: ¿Memorias? ¿Biografías? (J. T. B.) - Díaz Mirón, Muerto, Vivo. (E. G. R.) - Aventuras de la Novela. (B. O. de M.) - Pirandello sin Palabras. (J. T. B.) - Teatro Judío. (C. G.) - Un Discípulo de López Velarde. (E. G. R.)



JULIO
1928
MEXICO

Precio:

Un Peso

CONTEMPORANEOS

REVISTA MEXICANA DE CULTURA

EDITORES:

BERNARDO J. GASTELUM JAIME TORRES BODET

B. ORTIZ DE MONTELLANO ENRIQUE GONZALEZ ROJO

APARTADO POSTAL 1811 MEXICO, D. F.

AÑO 1o. JULIO NUM. II

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR:

B. J. Gastelum: ESPIRITU DEL HEROE.—J. Torres Bodet: SONETOS.—E. González Rojo: LA INOCENTE AVENTURA.—B. O. de Montellano: OCHO POEMAS.—G. García Maroto: LA OBRA DE DIEGO RIVERA.

MOTIVOS: Una Antología Nueva (B. O. de M.) - Cándido o de la Estadística (J. T. B.) - Viajes, Viajeros (X. V.) - Carta a Fantomas Bergamín (E. G. R.)

CONDICIONES DE VENTA:

EN MEXICO:

UN NUMERO \$ 1.00
SUSCRIPCION A 6 NUMEROS \$ 5.00

EN EL EXTRANJERO:

UN NUMERO DLLS. 0.50
SUSCRIPCION A 6 NUMEROS .. 2.50

PARA TODO ASUNTO DE CARACTER ADMINISTRATIVO, LA CORRESPONDENCIA DEBERA DIRIGIRSE A CONTEMPORANEOS (ADMINISTRACION).

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

GISTRADO COMO ARTICULO DE 2a. CLASE CON FECHA 19 DE JUNIO DE 1928

APARECERA EL DIA 15 DE CADA MES

"1930"

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

FRANCISCO ICHASO

FELIX LIZASO

JORGE MAÑACH

JUAN MARINELLO

APARECE MENSUALMENTE

SUSCRIPCION A 6 NUMEROS:

\$ 1.00 O. A.

APARTADO 2228

LA HABANA, CUBA

"MUSICA"

REVISTA MEXICANA

Directores:

DANIEL CASTAÑEDA

CARLOS CHAVEZ

Jefe de Redacción:

G. BAQUEIRO FOSTER

Suscripciones:

En la República Mexicana:

Seis meses \$ 3.00

Un año 6.00

En el Extranjero:

Seis meses Dls. 2.00

Un año 4.00

Apartado 1942

México, D. F.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

SECRETARIO:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

SUSCRIPCION POR UN AÑO:

8 DOLARES

LAVALLE NUM. 1430

BUENOS AIRES, REP. ARGENTINA

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

EDITOR:

JOAQUIN GARCIA MONGE

SAN JOSE, COSTA RICA

"LA SIERRA"

ORGANO DE LA JUVENTUD
RENOVADORA ANDINA

REVISTA MENSUAL
DE DOCTRINA,
ARTE Y PO-
LEMICA

SUSCRIPCION ANUAL:
DOS DOLARES

DIRECTOR:
J. GUILLERMO
GUEVARA

DIRECCION:
APARTADO 10, LIMA, PERU

Revista Internacional del Cinema Educativo

(Organo del I. I. C. E. - Sociedad de las Naciones)

Publicación única en su género, desti-
nada a informar a educadores, direc-
tores sociales, etc., sobre la aplicación
del Cine a la educación en cada una de
sus ramas (universitaria, primaria, se-
cundaria, agrícola), así a la científica
como a la popular y a la higiene social.
Se publica en cinco ediciones: inglesa,
francesa, italiana, española y alemana.

DIRECTOR:
Doctor LUCIANO DE FEO

DIRECCION:
VILLA TORLONIA, ROMA

SUSCRIPCION POR UN AÑO A
LA EDICION ESPAÑOLA:

DOLARES. 4;
PESOS ARGENTINOS, 10;
PESOS CHILENOS, 32

La Vida Literaria

Crítica
Información
Bibliografía

■

Directores:

Enrique Espinoza
Ezequiel M. Estrada
Arturo Cancela

■

Rivera Indarte, 1030
Buenos Aires - Rep. Argentina

La

Imprenta Mundial

cuenta con elementos mo-
dernos para hacer bien y a
precios económicos cual-
quier trabajo del ramo.

También puede servir a los
impresores con todas las
ventajas de su Máquina
Fundidora **Monolito**.

Miravalle, 13
Erc., 4-08-01
Mex., C-22-17
México, D. F.

EXAMEN DE PAUSAS

1.—

...y es una exageración, pobres maridos, ser a la vez coquetas y devotas, ¿no cree usted?

Como no me atrevo a desmentir a La Bruyère, digo que sí. Pero no basta. Ese silencio de todos significa que debo decir algo más. Luego que, si apoyo con mucho énfasis las opiniones de esa señora, van a creer que empiezo a enamorarme de ella. Es casi una confesión y, desde luego, un sistema. No me siento con voluntad para ser misógino toda mi vida. Aprobaré mejor a la señora de la casa, tan moderada en sus vestidos, en sus opiniones, en sus adulterios. Pero ¿quién tiene mi voz? La oigo sonar, como en un espejo, en aquel rincón.

Fué Elvira, me la quitó al besarme, cuando cerrá-

bamos el libro de solfeo del balcón, vacíos los alambres de gorriones, borrada por la colina la llave del sol. Si la denuncio, sus padres lo descubrirán todo. Nunca volverán a invitarme. Seré el que mira el baile desde la ventana. Seré el ángulo agudo, inclinado sobre los libros, mientras los rectos trabajen para que el obtuso siga recostado en su sillón de aire.

—¡Cuidado con humanizarme las matemáticas!—, me grita un ángel antiguo. En realidad es aquel maestro de escuela. Era tan calvo, que las miradas se nos iban a rayarle el cráneo, limitando las zonas de una frenología no más inexacta que la otra; la depresión occipital, como una tonsura en hueso vivo, misticismo; las prominencias sobre las sienes, difamábamos, afortunado en el juego. . .

Pero tengo que hablar y Elvira sigue luciendo mi voz. Aún con sordina, se pone a explicarla diciendo que está acatarrada. Y como mi voz nunca ha servido para otra cosa que para repetir impertinencias, se ha puesto a hablar de poesía. Si recita estoy perdido. Y la perderé, además, porque el poeta Gilberto la hará su última voz. Necesita una así para cantar sus pinturas.

—A propósito. . .—empiezo. No sé nada a propósito, pero todos están esperando mi discurso. Me veo como esos críticos que escriben: "abriendo al azar el libro," y se ponen a buscar durante muchas horas la página en que desean abrirlo al azar.

Necesito una frase larga, delgada, con un anzuelo de pescar sonrisas en la punta.

Me molestan los anteojos de ese señor. Su espejo curvo me redondea, engordándome y empequeñeciéndome en una amorfosis desconsoladora. Sus ojillos detrás, me gritan: "¡Al grano!" con sus luces más insolentes. Ya lo conozco: es incapaz de sensualidad, vacío de imaginación; prefiere las ideas en esquema, sin ramaje dialéctico; suspira por el advenimiento de la alimentación sintética, incapaz de saborear nada. Deseará el amor, acto final, sin preliminares de ternura y sin epílogos de ligas, de compromisos. Unirse sin atarse, receta de los que no quieren, luego, arrancarse la cola. No se casaría por amor. La antipatía es la única razón de existir de los que tienen en tan alto aprecio sus ojos, que los guardan bajo cristales tan gruesos, suspicaces, temiendo que se los roben.

En venganza le diré a su mujer cosas delgadas; le descubriré que existen los pájaros, los minuetos, la poesía pura. La voy a hacer temblar con el temblor de orden místico que sobrecoge a los profanos cuando oyen hablar del espacio de cuatro dimensiones. ¿Quién me está matando el tiempo? Este minuto no puede vivir más, ni con la manera de respiración artificial, para ahogados, que ensayo saludando a uno que acaba de entrar, ceremonioso. Mi anzuelo de sonrisas necesita el cebo de un recuerdo. Ya no recuerdo, ahora lo veo, ni de qué hablábamos. A propósito...

Elvira—era su obligación—me ha salvado. Me llama; nuestro vals va a empezar. Mi mayor caravana, señoras. Dentro de cien años yo y Fray Luis seguiremos: Como decíamos ayer. . .

2.—

Si partir es, todavía, morir un poco, muero, al separarme de este grupo, tres centésimos de segundo: por la señora García, por la dueña de la casa y por los anteojos de ese señor. El primer paso es, tan difícil, decisivo al atravesar un salón.

Me llena de recuerdos de viaje. El tren, como un pedazo de la ciudad que echa a correr por el campo; pueblos de la altiplanicie, del mismo color que la tierra, escondiéndose, disimulándose; el tren llega preguntando a gritos por ellos, buscándolos a derecha e izquierda, y reanuda su camino con esa rabia sorda de los carteros que se encuentran con que el destinatario ha cambiado de domicilio.

Puebla, perfecta como un poema de estrofas perfectas, que es lo más perfecto que se conoce; estrofas de cuatro versos de sílabas exactas, con las bellas imágenes, dentro, que son una iglesia, una casa colonial, sin un solo ripio de terrenos baldíos, acabada. Veracruz, las palmeras, esos hisopos, regando agua bendita de cocos y de canciones contra el rostro de la ciudad, bajo aquellas estrellas que no verán ya mis ami-

gos de Colombia, y que los yanquis no han acabado de enjaular entre las barras de sus banderas.

Al tercer paso siento deseos de llorar, y me duermo hasta el cuarto, abandonado al orgullo de saberme solo, en alta mar, en el punto más eminente y más expuesto del océano de esta sala. ¿Dónde poner las manos? Estoy como en el minuto antes de que se anuncie el fotógrafo: "ya no se muevan"; todos los del grupo se encuentran de pronto ante el problema de las manos, que habían ido dejando para después; no tienen tiempo de resolverlo; las dejan, como yo ahora, caídas, apenas si con un leve esbozo de gesto, intentando a última hora levantarlas, cuando ya no era posible. No se muevan, que va a salir . . .

Pero en alta mar dicen que sólo hay golondrinas; por cierto que su caligrafía es de amplios y sobrios trazos latinos; los colibríes, en cambio, han aprendido la más complicada letra gótica: vuelan en alemán; las golondrinas en esperanto, por lo mucho que han viajado.

Ahora, si tropezara . . . Mil veces preferible un naufragio. Nadie se reiría, y Elvira tal vez lloraría un poco. Si yo fuera Secretario de Estado nadie osaría tampoco reírse. Ese caballero correría a arreglar la alfombra, culpando del accidente a una arruga imaginaria. Si yo supiera jugar al tennis el Ministro sería mi amigo; me bastaría con el ajedrez para ganarme la confianza del Oficial Mayor; pero como sólo practico el juego del arte, tendré que conformarme con la

amistad de las muchachas muy demodadas, como Elvira.

¿Cómo nacería este noviazgo? No siempre puede empezarse por el principio, y a veces ni siquiera se sabe por dónde, como la mula de la noria no sabrá nunca si empezó a girar por el principio, por la mitad o por el final del círculo. Pero la circunferencia siempre será infinita, como la señora García, que tiene la culpa de todo, eterna. (La señora García siempre ha tenido, siempre tendrá la misma edad. Como si sólo supiera contar hasta cincuenta, como si hubiera aprendido su aritmética en los ábacos de los billares).

Ella descubrió que Elvira y yo tenemos el mismo timbre de voz y usamos las mismas entonaciones; pero Elvira—y es la única diferencia—es incapaz de expresar con ella ideas generales. Esta incapacidad, ya lo sabéis, es femenina. Se aprovechó también de mi predilección por el monólogo para unirnos. Nadie me hará creer nunca que no es un monólogo lo que hablamos Elvira y yo.

Junto a ella me siento verso de la misma estrofa. Pero un verso que participara a la vez de las cualidades del regular y del libre. Somos unidades silábicas iguales, pero somos también por nuestro significado, entidades completas independientes. En fin, que no puedo ahora explicarme esto; acaso luego. Ahora se trata de no parecer asombrado de que me haya llamado, de no demostrarle ninguna gratitud por

su oportunidad. La gratitud es algo que separa, y yo no quiero todavía alejarme de ella.

3.—

Si me quedara ciego, no podría seguir amándola; sería un narcisismo inconfesable estarme toda la vida hablándome de amor ante ese espejo de palabras. Luego que me copia mis gestos, también, y mi perfume y mis manías, y sólo la vista puede definirnos y separarnos; también la felicidad, que a ella la rejuvenece, la hace más bestia joven, y a mí me arruga la frente con exceso.

Colecciono manías, pequeñas supersticiones; a cada nueva adquisición corro a Elvira, deseoso de asombrarla. Ella quién sabe por qué medios, se me ha adelantado ya.

De mis profesores tengo este vicio de abstraerme, de no escuchar lo que los otros dicen, o de escucharlo a medias, y de hablar a solas, de pronto, sabiendo perfectamente que nadie me oye, como a ellos en la cátedra. Ella se estaría pensando mal de sus amigas, aunque la casa ardiera, aunque sus amigas se hubieran ya vuelto buenas, sin darse cuenta de nada.

De mi amigo el químico me ha quedado esta necesidad de análisis que, cuando saboreo un coctel, lo descompone en mi boca, como un prisma de los sabores, dándome distinto el de cada licor; pues bien, ella, equivalente perfecto de esta manía, deshilvana

todos los tejidos de sus amigas, con el pretexto de aprender a hacerlos.

De los personajes de Mac Orlan he aprendido a roerme las uñas; ella desde niña sabía ya tirarse, sistemáticamente, todos los botones de todos sus vestidos.

Y, como esto, todo lo que voy aprendiendo en los libros lo sabía ella antes, muchísimo antes.

Voy a bailar con ella, seguro de no perder el ritmo ni una sola vez, porque sabemos exactamente los mismos pasos de baile. Cuando yo le ofrezca el brazo, su mano estará ya a la altura precisa, y cerrará el eslabón de la manera más natural del mundo, como si nos hubiéramos estado una vida ensayándolo, maquinalmente, sin titubear un solo momento, no me dejará dar completa esa vuelta que hacen todos, al encuentro de su pareja, para el abrazo del baile; me ahorrará la mitad del viaje, haciéndolo ella.

Nos avenimos demasiado, es demasiado hermana mía.

Nuestro amor es un amor casi incestuoso, y es castigo bíblico no poder, no querer apartarlo. Me irrita la perfección del espejo y quisiera romperlo, pero no tengo la seguridad de no hacerme daño.

La orquesta empieza a llover sobre la sala pañuelos de colores. Son, me parece, los nombres de las muchachas que me han gustado. Azul el de Consuelo, que era sana y robusta, y por eso amaba los vales, pues si en el jardín había luna, le daban la ilusión de

adelgazar sin necesidad de ponerse a régimen de dieta; rosa el tango de Alicia, que era como un alba que se eternizó en alba, porque Josué, la muerte, fué a detener más allá del horizonte el mediodía que se anunciaba en sus besos a las amigas. Llameante el de Rosaura, de quien, como nunca la vieron de día, y era tan rubia y tan inflamada, las cosas afirmaban que era el sol que bailaba de incógnito.

Elvira me dejará un pañuelo metálico, para limpiarme el rostro con mi propio rostro. Me dejará el lienzo de la Verónica.

4.—

Ese vals tiene que ser muy viejo. En cuanto logro aprender de memoria la letra de una canción, comprendo que ha pasado de moda. Igual en esto a ese rival mío, el poeta Gilberto. Atento siempre a la poesía francesa, comienza a ensayar un ismo cualquiera cuando en París ha sido aceptado hasta por el *Mercur*e de France, y no habla ya nadie de él. Va a necesitar que le envíen por cable los nuevos poemas. Me satisface saber, así, que se arruinará sin remedio.

No es que lo odie, pero me molesta demasiado. Es suspicaz, desconfiado, pesimista; si una acción cualquiera permite dos interpretaciones, él escogerá siempre la peor; encontrará las manzanas agusanadas, nunca ¡ay!, los gusanos llenos de manzana; el mar, por ejemplo, no sirve para personaje de poesía; lo pu-

sieron donde está para que las noticias de París le lleguen con retraso; yo no le reclamo mis libros, ni el dibujo de Diego, y él lo atribuye a mi mala memoria y no a mi buen corazón. Además, me irrita que trate a los grandes hombres como a su cocinera; por la noche, ante el busto de Dante, lee en voz alta sus poemas, exigiéndole luego una opinión que siempre le es favorable, porque como el que calla. . .

En todo procede con falsía; estoy seguro de que también ama a Elvira, y ahora nos sigue su mirada, llena de intenciones muy teatro español y muy reprobables. Pero me sabe preferido y es incapaz del heroísmo de ponerse en ridículo declarándose mi rival abiertamente. Estará esperando que descubra yo su amor; entonces, convencido de que la merece más que yo, renunciaría a Elvira para dársela. Como cuando ha escrito un poema agradable, nunca me lo enseña desde luego; se entretiene, primero, en hacer muchos detestables entre los cuales lo esconde para darse el gusto de que le descubra yo su probable genialidad.

"I'll be loving you always. . ." Es la única canción que canto con éxito. Mis amigas me piden siempre la letra. Me han obligado a mejorar mi ortografía inglesa, que estaba bien, defectuosa. Ya no me amaré Miss Hannah, porque también mi pronunciación ha mejorado, y ya no podré pedirle que me bese cuando quiera rogarle que me perdone.

Elvira subraya, sin convicción, mirándome y oprimiéndome la mano, todos los siempres que hay en es-

te vals, pero nadie mejor que ella sabe que nuestro amor no podrá durar gran cosa. No le deseamos exclusividad, Xenius, ni, menos aún, eternidad. Somos lo mismo de modestos; no diremos nunca—ella menos, incapaz de generalizaciones alegóricas—, por ejemplo: el sol, atado de mi cabeza, es un péndulo con oscilaciones de doce horas; preferimos humildes confesarnos, atados de un rayo de sol, al mediodía, el plomo de la plomada.

Ahora tiene ella en los ojos un azul de llama de alcohol; lo conozco, porque una vez me sorprendí, ante un espejo, pensando mal de alguien. Si no es del poeta Gilberto, será de mí. Prefiero dirigir su pensamiento.

—Cúidate de Gilberto,—le digo, formulándolo.— Es un hombre que ama la música.

¿No lo decía? Es de él; como si siguiera yo hablando, es ella la que continúa mi frase:

—Es cruel, míralo; usa ese gran diamante para engañar, de noche, a las mariposas, que prefieren su fístol a la lámpara.

Es mi pensamiento, en imágenes fin de siglo. Y luego:

—Tiene el suficiente buen gusto para que ese diamante sea falso—termino yo, infame.

Afuera, es cierto, el ruiseñor no sabrá nada de nada; pero le hemos dejado abierta la llave de la lengua al surtidor, retorcido como víbora. El poeta se ha quedado dormido, pero la montaña irá a él; en esta vuel-

ta, sin ponernos de acuerdo, tropezaremos con él Elvira y yo. En vano protesta Gilberto que la vida no le interesa. Hace un esfuerzo, cuenta hasta mil, y se despierta.

—Está planeando, fíjate, mis funerales. Me gustaría morir en endecasílabos.

Elvira no me atiende. Acaso encuentra inútil que hable yo para decir exactamente lo que ella piensa. Comprendo que estoy perdiendo mucho. Ahora Gilberto es el ángel de la lotería, y me indigna; enjaula a la suerte, como una mosca, en los carretes de hilo del milagro, levanta el cielo y salen siempre seis ases, aunque la ciudad tenga muchísimos más tragaluces. Me está ganando mis mejores adjetivos, y ahora tendré que llamarle al pan vino y al fin la aurora vino siempre, siempre, hasta para los que no teníamos piernas ágiles para saltar, dormidos, doce horas.

5.—

La orquesta, sabiéndose efímera, repite "always" con la obstinación del que tuviera un hijo muerto entre los brazos y lo arrullara para dormirlo.

Canción de cuna de Los Angeles. Creo en California. También del Extremo Occidente, que se toca con el Extremo Oriente, puede llegarnos la revelación alguna vez. Y porque todos lo sabemos, y porque esta canción vino de allá, nadie atiende al significado irónico que la anima. Todos la cantarían con solem-

nidad. Yo también, con acompañamiento de guitarra, precisamente, porque la actitud de uno que baila es la de uno que toca la guitarra.

La música. Llega de lejos. En el camino se entretiene bailando, con la horda, en torno de las hogueras; luego se martiriza, gime y se hace salmo bíblico, o se perfuma y se hace carne de sirena. Pero Pitágoras, con su muslo de oro, vivía junto al taller de un herrero, y la hizo número. Y entonces comprendí que va no podría llorar tranquilamente, porque siempre habría alguien que me contara los segundos, y de no cesar antes de diez me declarara K. O.—Ese alguien era, también, yo.

"...a pesar del número uno; a pesar del amor, dos." Voy a perder el paso, por la dicha de la iluminación inesperada; es posible hacer una diferenciación más entre Elvira y yo. "Yo" no es indivisible, no es unidad. Hay, ella, el yo que hace; yo seré el yo que me veo, en ella, hacer. Tengo que ser un espectador que provoque el acontecimiento, que lo dirija y lo explique. La felicidad me está arrugando el rostro. Tanto mejor: es la máscara que conviene al coro griego.

Nosotros—¿puedo seguir diciendo yo?—dudamos un momento si Narciso moriría de aburrimiento. El espectáculo cansa, a la larga. Aunque ella tenga mayor resistencia, por la costumbre de muchas horas diarias de tocador, es indudable que también está sin-

tiendo la necesidad de dirigir su pensamiento fuera de sí misma, es decir, de mí.

Queremos amarte, X.—¿Por quién substituir esta X? Estamos vacíos desde que, ya no habitantes de la casa, más que eso, la casa misma, nos hemos hecho, idénticos, copiándonos con perfección fotográfica, la pared frente a la pared, techo y piso, aristas paralelas, rincón y rincón, iguales y, sin embargo, tan opuestos.

Nos llamamos lo mismo, y nos rechazamos. Vamos a buscar el otro polo. Yo, sobre su hombro, voy a coquetear con la señora García. No, sería una horrible traición al siglo veinte; no, aunque ahora me sienta excesivamente romántico. Además, sería apartarme de un incesto para caer en otro mayor. A la señora García le debo algo así como la vida, en cierto sentido.

En el principio era mi instinto, enteramente, científicamente aislado por un caos de amnesia, el que Freud quiere apartar de sobre los años infantiles. Y mi instinto estaría chupándose el dedo, narcisismo prehistórico que luego ha evolucionado hasta la manía de hacer relatos autobiográficos y enamorarme de todas las fuentes. Aquí entra también la señora García como culpable, porque un sábado, en la doctrina, dijo distraída un fiat lux narrativo que yo interpreté en imperativo, dirigido a mí, y por mis malas calificaciones en lengua nacional la luz se hizo.

Es mi primer recuerdo distinto; en aquella época

el bien y el mal tenían una frontera precisa, definida, la barda que separaba del atrio a la huerta. De este lado baldosas oscuras, bancas incómodas en que los futuros fieles cristianos aprendíamos cosas que violar, y el Padre Ripalda, sabio y tenebroso, que era como un corsé o unos tirantes de fuerza para erguir, rígidos, los cuerpos de las catequistas, fuera de allí personas que no se comían palos de escoba. Del otro lado... Después lo supe muy bien, porque luego nos explicaron el episodio de la serpiente, y al otro sábado salté la tapia de la huerta, y ni me rompí una pierna, ni me gané la merecida indigestión, y eso que aún no leíamos a Mark Twain, amigo Alfonso Reyes.

Descartamos, pues—nosotros es yo—, a la señora García. ¿Por quién substituir la X? ¿A quién amaremos ahora?

¿Lo habré dicho en voz alta? Ya está hablando Elvira.

—Me gustaría amar a un hombre nocturno, con el sentido, aún, de la vehemencia. Es decir, un poco tonto. A Gilberto, por ejemplo...

Gilberto OWEN

CRUCERO

PRELUDIO

***A** distintos caminos el crucero
por decidir el rumbo de los vientos
ofrece doce en la estación de enero.*

*Siempre en preludios de contentamientos
nos detenemos por la nueva vía
terminal en los líricos lamentos.*

*Al paralelo que desgasta el día
el paso a buena gana detuviera
a trueque de cansancio en alegría.*

*Pero la incitación de la bandera
que señala el peligro, estimulante
al más rendido viajador lo fuera.*

*Y por ser del estímulo excitante
espera la linterna colorada
que en la noche previene al caminante.*

*Decorativo juego a la mirada,
conviene omiso proseguir el paso
oponiendo carrera violentada,*

*pues antes que episodio de fracaso
vale mejor el encontrar vereda
de incertidumbre por el campo raso.*

*A tal empeño decidir me queda
la ofrecida elección, que he decidido,
de seguir de los aires en la rueda,*

*porque rumbo oficial y conocido
sólo es procurador del deleitoso
y mórbido poema entumecido.*

*Entregado del viento en el gozoso
maquinar de imprevistas estaciones,
subir la vertical vertiginoso.*

*Desertor de gastadas emociones
voy, cazador de insospechadas presas,
a quitar la capucha a mis halcones
escépticos de todas las sorpresas.*

RETRATO

*HELENA, liso el pelo de abejas susurradas,
clava en azul la rueda de su mirar antiguo
y entre la línea huída de su perfil cerúleo
hay un rastro antagónico de su esquivéz suntuaria.*

*La perla, que pendiente del cingulo gotea,
refleja en muerto espejo el convexo paisaje
y se emulan los nácares cuando la frente asume
la reivindicación de su oriente de plata.*

*Del corpiño chorrea la garzota del cuello,
al duelo del vestido el cabujón altera
y acatando el desmayo de la enervante siesta
dulcemente en la falda se han dormido las manos.*

T E D I O

*P*OR la ciudad el viento arrastra el día
sin pompa ni dolientes.
¡Cuántas horas, relojes, cuántas horas
perdidas para la historia!

*Desgastando mecánicas celestes
esperaremos a los días siguientes.*

*Pasan las nubes de batida clara
para adornar poéticos pasteles
y la perdiz va a ensartar su vuelo
en el tenedor de cualquier rama.*

*¡Si pasara la vela del marino
para seguir su temerario rumbo!*

*En las casas se oculta el argumento
para el drama habitual sin bambalinas.*

*Sí, pero un pasajero pensamiento
justifica la vida de este día.*

*Pero siempre la mano presurosa
para escribir la fuga de las horas,
que movida del ansia que no oculta
otra hoja desprende al calendario.*

ASUNTO

*MESA, manzana y libro,
para vivir en naturaleza muerta.*

*El sol da sobre la mesa,
la lámpara sobre el libro
y la realidad de siempre
mordiendo está la manzana.*

*El caballete puede
resolver con sus tubos de colores:
negro mate para el libro,
roja laca para la mesa.
(La manzana, naturalmente, verde).*

MADRUGADA

*MAÑANITA sin sol
para pasarle el borrador.*

*Se va a alzar el telón de las nubes.
¡Atención, que va a salir el sol!*

*Timbales de la diana:
van a formar las horas
que viene la madrugada.*

*Acércate a mi lado
porque los galgos de las horas
pasarán en jauría.*

*Ya viene bajando el monte
la pastora de otros días.
¡Ay, si encontrara la oveja
a la que yo más quería!*

*La mañana llega
y te fuiste tú:
¡ay de mí, triste!*

VOLVER

*TREMULA entre mis manos desaparece,
único goce a recatado alarde,
de la ramita tu infantil recuerdo,
completo premio de mi soledad.*

*A las hojas del libro vuelve terca
a esconder la bondad de su remedio;
pero ya sé que al alargar la mano
he de encontrar la página segura.*

*Y otra vez, al calor de la butaca,
vacilación que se repite siempre,
voy leyendo los versos que detesto
con el puntero de tu rama seca.*

Genaro ESTRADA

FICHAS SIN SOBRE PARA LAZO

AGUSTIN Lazo es un pintor de niños comestibles, maduros como duraznos maduros. Pintor de niños de más de veinte años, de niños de edad madura.

COMO el poeta sus palabras, el pintor tiene sus útiles predilectos. El poeta sale a la calle y anota una frase trunca, un equívoco, un juego de palabras, un fragmento de letrero que es casi un poema: *A l t o q u i n t o s r u e d a n v u e l a n*. Lazo alarga los sentidos y roba un par de manos, un trozo de piso, una cortina, un niño. Luego, en su taller, con ayuda de todo esto, inventa un cuadro.

LOS niños se paralizaban de estupor delante de sus cuadros de niños. Era como si, inesperadamente, se hallaran frente a un espejo de tiempo, sin vivacidad, sin vitalidad, cumpliendo en un instante todos los años que habrán de cumplir en toda la vida.

JUZGAR a Lazo a la luz de los acontecimientos políticos de México—o de cualquiera otra parte—sería tan injusto como medir a Diego Rivera con el metro de la pintura pura.

Lazo quisiera ser un pintor *casi* puro. En este casi cabe su ironía. Diego Rivera es un pintor que no quiere ser un pintor puro sino un dialéctico, un orador de la pintura. Los dos aciertan, cada uno a su manera.

DIEGO es un ruso oriental. Lazo, un europeo occidental.

LAZO: Diego Rivera: : Cocteau: Mayakovsky.

VIAJES: Chirico. La escultura azteca. La pintura mexicana de pulquerías.

LOS amigos de las analogías buscan en algunas de sus obras a Pablo Picasso. Lo encuentran.

Frente a las mismas obras yo digo:

Me recuerdan Homero. Las manos, los ojos y los pies de los personajes de Homero y, algunas veces, sus conversaciones.

PIENSA en francés, en inglés, en español, en italiano. ¿Cómo exigirle que no pinte en esperanto?

LAZO pinta en esperanto. No hay en esto engaño alguno. Es tan claro que pinta en esperanto que esta misma evidencia nos da la clave. Un cuadro de Lazo contiene a un tiempo el texto y la traducción.

NO es posible aún, felizmente, clasificar las telas de Lazo por épocas. Unas anticipan otras; algunas, contradicen las precedentes. Todas tienen el temblor de un espíritu curioso, viviente.

Mas no falta quien pregunte: ¿En qué telas se halla el pintor?

—Para algunos, en todas; para todos, en ninguna.

PINTURA para todos a condición de que todos sean unos cuantos.

LOS suprarrealistas son los naturalistas del sueño. Pero aún no han producido un *Germinal*, ni siquiera un *Zolá*.

DESCRIBIR un sueño gráficamente lo hace un suprarrealista. Componer un cuadro con los elemen-

tos del sueño lo hace un pintor. Chirico es suprarrealista, pero no todos los suprarrealistas son pintores.

UN suprarrealista puede no ser un buen pintor. Un buen pintor es siempre suprarrealista.

UN pintor de retablos describe un milagro. Un buen pintor lo ejecuta.

LAZO hace entrar en una tela la alcoba de un sueño que parece que acaba de salir de un espejo, una escalera imprevista, una alfombra rococó y un retrato de mujer que es como una figura de un primitivo. El público dice: tendencias encontradas. Pero el público no ha soñado nunca o, cuando ha estado a punto de soñar, ha cerrado los ojos.

FRENTE al "Carnicero" de Lazo, me decía, convencido, un amigo: "Yo lo he visto, lo he visto en alguna parte"...

Y yo, que sabía que este era un cuadro inventado totalmente, no estaba menos convencido de que mi amigo lo había visto, realmente, en alguna parte: en un sueño, por ejemplo.

LAZO pinta sin modelo aunque lo tenga enfrente. La realidad cercana, llena de inútiles detalles, lo distrae. Pinta de memoria, con los ojos cerrados y abiertos que usamos durante el sueño.

LA virtud de esta pintura es el pudor. Silenciosa e irónica, su ideal sería llegar a ser invisible, como la elegancia.

PUDOROSA y, también, incisiva, como la música de Eric Satie.

LA pintura de Lazo es tan clara como dos y dos son tres.

LAZO no teme los asuntos. Los burla con ironía y los reduce a pretextos.

Me escribe: "No hay asuntos peligrosos, no hay ruinas ni máquinas. Cuando se tiene un sentido nuevo del mundo, las formas catalogadas vuelven a animarse."

PARADOJAS de la modernidad:

Lo moderno no es el hormigón ni la máquina. Lo moderno sigue siendo el espíritu.

Me escribe Agustín Lazo: "En Italia lo más arcaico es el futurismo, y Paolo Ucello traduce la esencia de las máquinas mejor que un pintor actual."

T IENE tan desarrollado el sentido de la equidad que siempre responde a una pregunta con otra.

SUS dibujos tienen una gracia lenta, difícil, que no evita pero que tampoco procura entregarse.

EN mi retrato por Lazo, lo menos viviente es la cara, siguen las manos, sigue la silla. Lo más viviente es el traje.

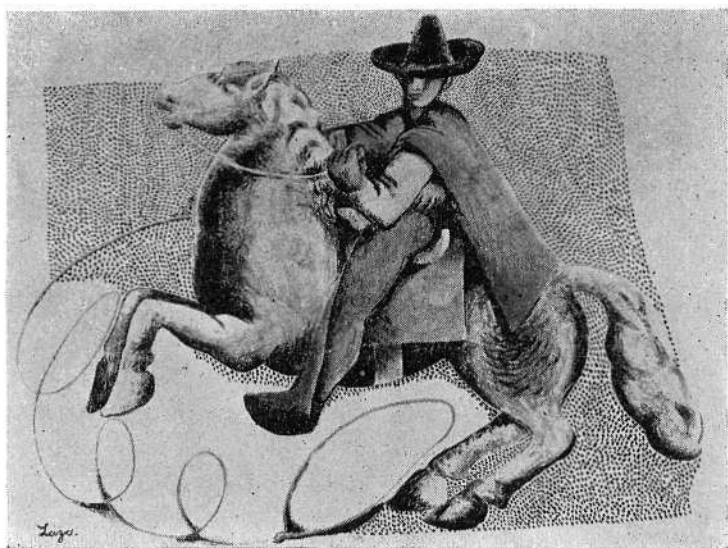
LAZO no ama los objetos ni los cuerpos que dibuja. Ama, simplemente, el dibujo.

YO lo he sorprendido como un nuevo Narciso dentro de la tina—dentro de la fuente—contemplando una de sus telas como Narciso habría querido contemplarse: desde el agua hacia afuera.

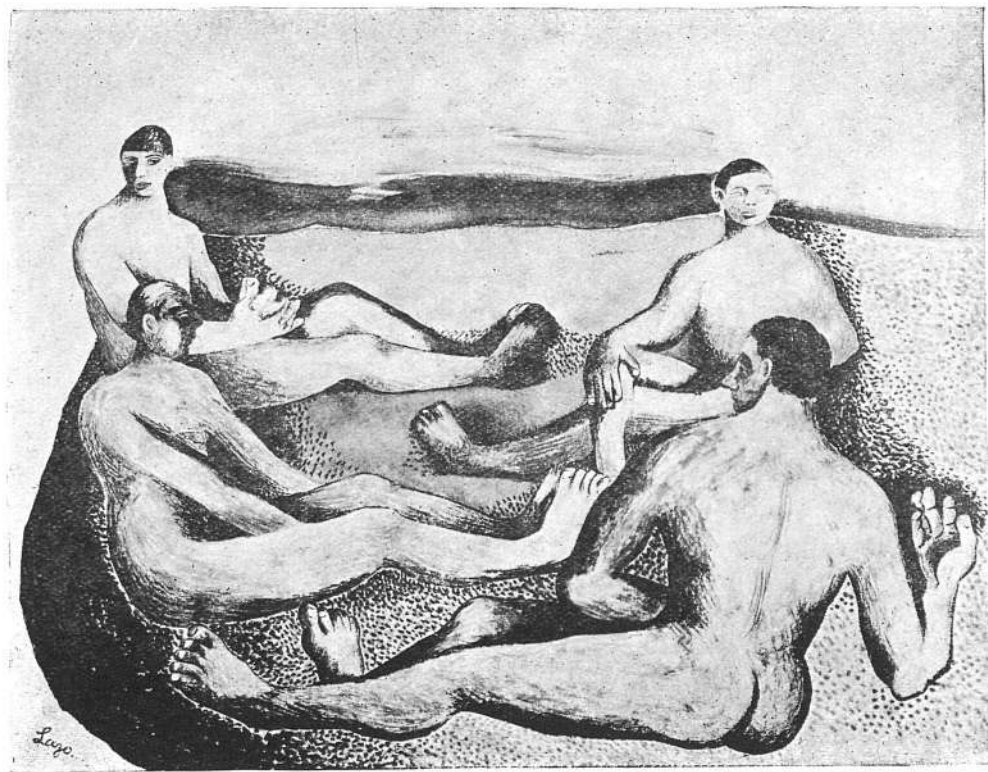
NO faltará literatura que diga que estas fichas son literatura.

Xavier VILLAU RRUTIA

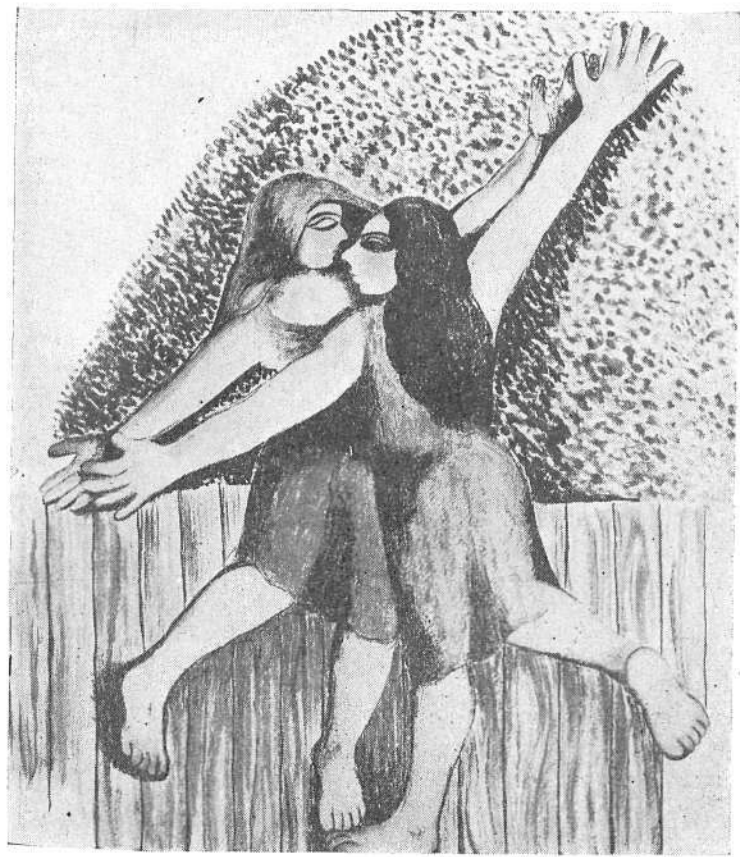
CINCO ACUARELAS Y UN OLEO
DE AGUSTIN LAZO

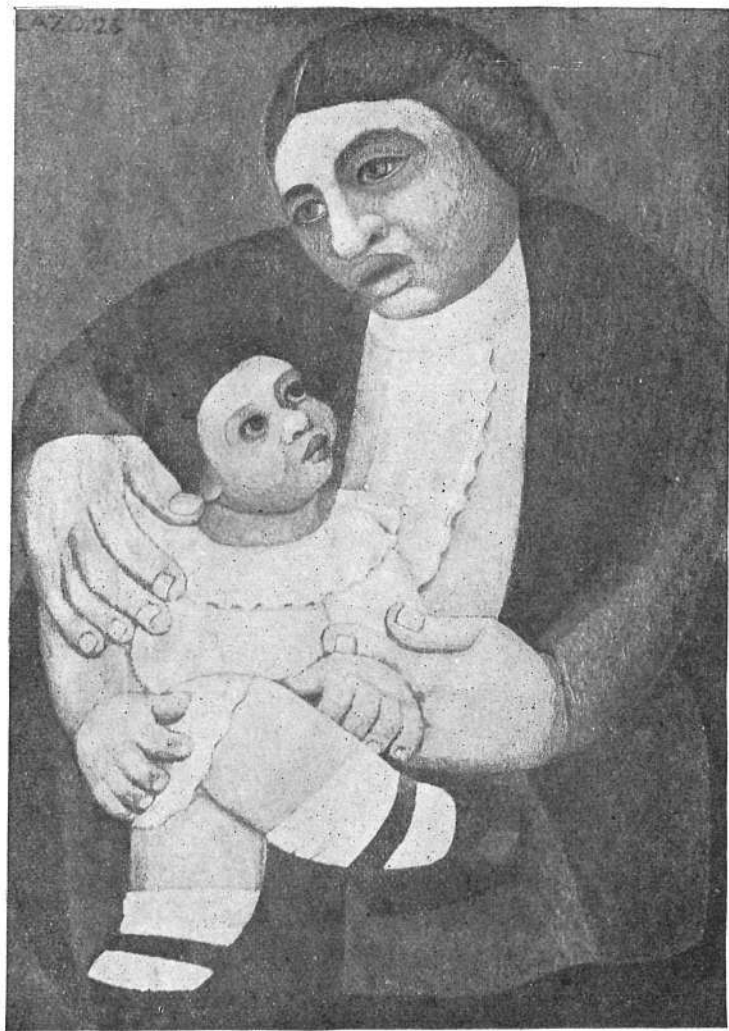












GENOVEVA IN FRAGANTI

EN toda la casa se había hecho ya el temprano y fatigado silencio de las noches en que "el caballero" tenía junta política. Los niños dormían desde el cañonazo. La señora Celia, que había estado largo rato en el portal, como de costumbre, abanicándose, suspirando y hendiendo el aire de sonoras palmas contra los mosquitos, había acabado también por retirarse morosamente, recogiendo esto y lo otro, enderezando sillones, apagando luces. Un momento, su figura amplia y pálida se dejó ver, significativamente, por la ventana del portal. Era la señal de todas las noches para que la criada diera fin al coloquio en la penumbra de la rampa que bajaba hacia el garaje, entre los chalets contiguos.

La calle—calle del Vedado, rumorosa de hojas

caídas y vecindad de mar—se había arropado también en un prematuro sosiego pueblerino. El campañileo lejano del mantecadero con su carrito, áspero sobre los baches pedregosos, apenas lo turbaba; ni, más apartado todavía, el gangoso “Se juega mañaana!” de un billetero tenaz.

La brisa de mar traía una suave bendición de despedida. Trenzáronse las manos bastas, honradas de labor, de la muchacha y del “primo”; y ella salió corriendo, ruborizada como todas las noches, algo ridícula en su casta pusilanimidad, mientras los pantalones de franela del mozo se iban desdibujando y fundiendo en la sombra, hasta surgir luego, vívidamente, en la claridad despejada de “la línea.”

Genoveva cerró las puertas, atendió a algunos leves menesteres finales de la jornada, dió las buenas noches a la señora Celia y subió a su cuarto.

Al entrar en él, sentíase siempre como si recobrase su dignidad intrínseca, como si se despojara, en el umbral mismo, de su condición servil y se volviera sólo mujer, hembra humana como su señora. Verdad que, en buena cuenta, no era ella criada de por naturaleza o vocación: no había sido criada nunca, hasta que viniera a Cuba hacía ya cinco años. Por encima de la ropa pensaba ella que se la conocía su rango de señorita de aldea, rebajada antaño a no menos que costurera de capital provinciana. Lo otro de ahora, este heterogéneo servir que le había puesto gordas y rojizas las manos, convino en un principio

a su condición de emigrada; pero ya sentía la fatiga y el rubor de la desviación, y todas las noches, cuando entraba en su cuarto, prometíase con particular ahinco hacer de una vez las diligencias redentoras, buscar la colocación digna que a ella le cuadraba.

No era sólo cuestión de distingos en el oficio, sin embargo, lo que la hacía erguirse espiritualmente en esos momentos. Era, en el sanctum de su cuartejo alto, aireado y pulcro, un sentimiento, todas las noches renovado, de albedrío, de independencia, Parecíale que entrara en dominio propio y que la vista de su baulillo, de su vestido dominguero en la percha, de la imagen bendita y el retrato materno en la pared, le reivindicara su prístino señorío. Había entonces una afirmación irrazonable, casi inconsciente, de toda su dignidad natural. Perdía su timidez de maritornes, la imaginación se le abría a románticas visiones y se daba a soñar con voluptuosas libertades, vestidos majísimos, esencias, bailes en Tacón, casita propia... Y cuando alguna vez la señora, retirada ya, la sorprendía en esos momentos voceándole alguna orden rezagada de la faena del día, Genoveva, a pesar de su devoción al ama, sentíase como agraviada en su fuero inalienable, como si en rigor ya no tuviera la señora el derecho de mandar, ni ella la obligación de cumplir.

La señora Celia solía insinuar su experiencia de esos trueques nocturnos diciendo, en las visitas, que

"su gallega era muy buena; pero, hija, cuando ella creía que había cumplido ya con su deber, que no la molestaran, porque tomaba unos humos!..." Para sí, lo atribuía todo, sin embargo, a algún disgusto que la muchacha había tenido aquella noche con el novio.

Porque no estaba en Genoveva el ser bachillera ni respondona. Desempeñaba sus tareas con avispa-dada diligencia, pero también con un denso y sufrido acatamiento, "como la mejor." Ni era tan inteligente que asumieran aquellos humores rebeldes de por las noches una claridad de ponderado análisis. Sabía leer y aún escribir con alguna dificultad. Nadie como ella para tomar fielmente los recados por teléfono o para apuntarlos esencialmente, en letra grande y bajadiza, al dorso de un sobre. Conversaba con pintoresca fluidez cuando estaba de vena. Por estas luces y ciertos visos de mejor procedencia que acusaban su aire y su ademán, había tenido siempre un ascendiente sobre el resto de la servidumbre (hasta sobre las cocineras, fauna insojuzgable), al punto de que las demás criadas mirasen como cosa natural que, de las dos habitaciones destinadas al servicio, la señora le hubiera concedido una a ella exclusivamente. Esta diferenciación perpetuaba la suerte de lugar-tenencia tácita que Genoveva ejercía en el manejo de la casa, evitando la desmoralizadora promiscuidad de las horas de descanso. Mas, con tantos dis-

tingos y preeminencias, Genoveva era—en la estimación de su ama—una criada, “un enemigo pagado,” como decía la señora Celia, si bien ese tradicional concepto no empezía para que la hiciese objeto de sus desoladas confidencias, que los desmanes y vejaciones de “el caballero” a diario motivaban.

Ya en su cuarto, Genoveva se fué desnudando poco a poco, distraídamente, asomándole de vez en cuando al gesto y aun a los labios el soliloquio interior, vagamente rencoroso. Se vistió su camisa de dormir, echóle una ojeada al fragmentario espejillo de peinarse, que le devolvió una imagen hidrópica y grotesca, y se sentó al borde de la cama. El cuarto se llenó de un olor a carne limpia y trabajada de mujer. Por la ventana que le daba vista a la azotea, se coló una brisa húmeda, que hacía ondear las ropas menudas tendidas fuera. Genoveva se ensimismó, con la mirada fija en los arabescos del suelo embaldosado y los brazos colgantes, acariciándose sin deliberación los tobillos anchos y blanquísimos. Toda su figura fué tomando un aspecto desgajado, de dolorida vacancia, de obtusa y triste animalidad.

Abajo, el pregón del billetero, antes diluído en la tenuidad de la noche, se acentuó ahora, al volver de una esquina, hasta cobrar una matemática precisión: “El veintidós mil seis . . . ¡Se juega mañanaa!”

La voz sacó a Genoveva de su abotargamiento con un leve sobresalto. Todas las noches tenía aquel

momento de estático desmayo antes de que la rindiera el cansancio. Su mente, en esa pausa, era algo inmóvil también en que quedaba borrosamente la última impresión trivial, como una imagen en un charco de lluvia. El pensar, el revisar velozmente las peripecias o la rutina del día, el especular a la diablo sobre el porvenir, venían luego, entre la planchada frescura de las sábanas. Ahora, el pregón fué un espolazo a su entumecida sensibilidad. La insistencia gangosa de aquel grito siempre idéntico, acusado en la solemnidad de la noche, hería un poco el espíritu, igual que una ironía. Genoveva estaba habituada a oírlo; pero nunca lograba sustraerse a la idea de que, con aquel pregón decenal, la fortuna estaba pasando regularmente a su vera, invitándola.

Más que ninguna, esta noche el arrastrado "Se juega mañaana" le sonaba retador, como si quisiera mofarse de su cansancio, de su ahorratividad, de sus pobrecitas economías. Mientras más atención le prestaba, más embarazada sentíase contra toda iniciativa y más cierta se imaginaba, no obstante, la vecindad de la suerte regalona. El pregón se iba acercando. Ya las cinco cifras se oían netas y distintas, como cinco promesas. "Veinte-y-dos-mil-seis... ¡el Premio Mayor!," aventuraba el billetero opacamente, sin convicción.

Genoveva se asomó. Por cima del filo de la azotea, vió aproximarse allá abajo la figura desarrapada

y cansina del vendedor, un pobre diablo con un paraguas. En esto, súbitamente, frente a la ventana pasó la sorda levedad de un gato que a Genoveva le pareció negro.

Y se decidió. De lo más recóndito de su baulillo ventrudo, hurgando a tientas, extrajo un billete plegado en el doblez de un pañuelo. No se demoró para calzarse ni para echarse nada encima. Hacía calor; todos dormían. . . Bajó con rápida cautela la escalera que terminaba junto a la cocina. Avanzó luego, a oscuras, por el corredor, destacado a trechos por los retales de claridad lunar que atravesaba los ventanales del patio.

Al pasar junto al cuarto de la señora Celia, puso el oído a la mampara; la señora respiraba densamente, con un laborioso dormir, entrecortado de quejosos suspiros. Siguió Genoveva adelante, más apretado el corazón a medida que se aproximaba a lo enfáticamente señorial de la casa, al lujo de la sala y de la saleta. Al llegar a ésta, la alfombra áspera y espesa le devolvió una tibia serenidad por las plantas descalzas. El pregón se filtraba ahora, muy neto y solícito, por las persianas de la sala: "El vein-ti-dosmil-seis!" Con el billete estrujado contra el seno, Genoveva se dirigió, resuelta, hacia la puerta principal. La luna —no sabía ella desde dónde ni por qué resquicios— la constelaba de claridades.

Iba ya a abrir. De súbito, trajo un llavín en la

puerta de entrada a la casa y se oyó el rezongar de un automóvil que arrancaba fuera. En el vano, contra la fronda parda y el cielo lunado, se cuajó la figura del caballero, vestido de blanco. Quiso Genoveva sofocar un "Ay" en una vana esperanza de disimulo y escape. El caballero escrutó sorprendido un momento, cerró luego cuidadosamente la puerta, mientras ella le miraba, fija sobre las losas de mármol blanco, clara y fría como si fuese parte de ellas. La puerta, al cerrarse, suscitó una efímera corriente de aire, levantando el borde inferior de la camisa y revelando las piernas rotundas, azules de luna. Al fin, quedamente, preguntó él con más curiosidad que rigor:

—¿Qué haces aquí?

Genoveva se echa a llorar. Intenta una excusa; pero la emoción le hace elevar demasiado la voz y resta coherencia a sus frases. El caballero le pone la mano en la boca:

—Cállate: ya me explicarás... Se puede despertar la señora.

Se recoge ello con timidez. El tuteo insólito del caballero, la sensación de la mano suave y anillada en la boca, sobresaltan aun más su castidad humilde de sierva. Quiere separarse, evadirse ya; pero él le ciñe ligeramente con el brazo la espalda semidesnuda y le dice muy bajo, tan cerca que el aliento le baña la cara llorosa:

—Vé a tu cuarto... Ya me contarás. No hay que apurarse, boba...

Y la va empujando untuosamente con las palabras y con el brazo, que no le quita de en torno, mientras ella le elude a saltitos ariscos, en su compungida desnudez de ninfa captada.

COMO ocurrió luego aquello, Genoveva nunca supo explicárselo de modo que aplacase su hondo bochorno.

Ella, en efecto, sólo recordaba claramente que el caballero la había acompañado hasta el arranque mismo de la escalera, junto a la cocina, repitiéndole siempre que se acostase y que no temiera nada. Pero mientras ella subía, estremeciéndose a cada crugido del maderamen, había tenido que recatarse de su mirada codiciosa, hasta que le viera retirarse bruscamente hacia sus habitaciones, que eran contiguas a las de la señora Celia.

Por primera vez, aquella noche, al entrar en su cuarto, no había experimentado la habitual fruición de digna independencia. Le había parecido que la peripecia había traído consigo una irrevocable humillación, un compromiso externo tan categórico que, por mucho que ella explicara y explicara, nunca más se creería ya en su honradez. Descalza y casi desnuda

y a oscuras bajar, en la noche, a comprar un billete de lotería por el resquicio de la puerta señorial ¡era algo tan simple! Y, sin embargo, ella había sentido, tras el encuentro inesperado, que la misma naturalidad del hecho le haría más difícil de cohonestar. En un criado—pensaba turbiamente—lo espontáneo se tiene siempre por deliberado, lo inocente por malicioso.

Estaba condenada por las apariencias. La despedirían, sí; y se marcharía a otra casa, y la señora Celia, que era tan buena, acaso lo silenciara todo cuando le pidiesen referencias de su conducta; pero ella, Genoveva Puga, sabía que la tacharían contra toda protesta, como a una cualquiera. ¿De qué servía que su conciencia estuviera en paz? ¡Ya casi no lo estaba! La elocuencia inmediata de lo sucedido se le apareció en seguida tan abrumadora que, poco a poco, se fué familiarizando ella misma con la idea de su potencial culpabilidad. La entretenía morbosamente, sintiendo, en su trastorno, que la vergüenza de esa ficción era preferible a la ira de barruntarse víctima de una injusticia. Sentada al borde de la estrecha cama, especulaba si la compra del billete no había sido, en realidad, un pretexto que ella misma se pusiera para . . . sí, para robar al amparo de las sombras. Recordaba con qué juegos de ilusión había mirado más de una vez las alhajas que la señora Celia solía dejar, descuidadamente, en la coqueta. ¿No había llegado,

un día, a ponerse el collar aquel de ámbar, conjeturando qué efecto le haría a Paco vérselo con el traje amarillo de los domingos? A lo mejor, todo había sido una tentación más fuerte que ella, disimulada con lo del billete. . . . Pues ¿no comprara ya días antes un "pedacito," que estaba allí, en el mismo pañuelo, con el dinero? ¿Ni qué abundancia tenía ella para jugar dos veces en el mismo sorteo?

Inquisidora de sí misma, fuese enredando así en la malla de sus propias imputaciones. Todos los malos, humanos deseos inhibidos a lo largo de sus meses de servicio, toda esa vaga hampa de apetitos sojuzgados por el sentido moral, surgían ahora, al quebranto de éste, enlazándolo con la inocente peripezia. De vez en cuando, sin embargo, la conciencia cobraba un brío fugaz, encabritábasele de nuevo la dignidad y el ánimo se le henchía de soberbia. ¡No! No había querido robar, no había querido robar! ¿Por qué dudaba de sí misma? Mentían quienes lo dijeran: mentían las apariencias y el caballero y la señora Celia, si llegaba a creerlo. . . . El caballero. . . . ¿Para qué había llegado tan temprano aquella noche? . . . Pero ¿sabía ella qué hora era? . . . Era tardísimo! ¿Cómo se le ocurrió bajar así, a oscuras, desnuda casi? . . . Y la falsa conciencia de los momentos en que el pánico es señor, acogía un reproche de imprudencia que llevaba, de contrabando, la otra idea tenaz de latrocinio.

Había mirado entonces, encandilada y llorosa, el retrato de su madre. Era una postal hecha en Lugo, poco antes de embarcarse Genoveva para Cuba. La madre estaba sentada, vestida de negro, con sus aladares blanquecinos y su rostro severo; al lado, la propia Genoveva, de pie, con una mano desairada sobre el hombro de la viejuca. La postal estaba prendida con un alfiler a la jamba de la puerta. Genoveva la había contemplado con los ojos melados devolviendo en destellos la luz de la bombilla demasiado baja y había hecho al fin un gesto desgajado, escondiendo la cara en las ropas crispadas de la cama. Así recordaba ella haber pasado algunos minutos, llorando.

De pronto, había sentido en todo el cuerpo como un calofrío sutil, y una mano tibia que se le posaba en las espaldas. Se incorporó sobresaltada. El caballero, otra vez, estaba allí, vestido ahora extrañamente, de seda color violeta. . . ¿Qué había pasado después? El alaba había encontrado a Genoveva tendida sobre la cama, poseída de una vaga lasitud. Las sábanas, las almohadas, el cuarto todo, estaban llenos de un olor a pomada, a barbería. En el suelo, al volverse, había visto una colilla de cigarro. Fuera, los gallos cantaban con un timbre de sorna. Estaba tranquila, como entontecida. Sólo una idea, una idea fija, le rondaba la conciencia sin turbarla: Paco.

No había recobrado aún su suficiente lucidez para meditar en las consecuencias que, respecto de su no-

vio, pudiera tener lo que acababa de pasar. El hecho mismo, ella no intentaba precisárselo, explicárselo todavía. Su memoria se refería a él torpemente, sin coherencia, en burdos atisbos de su causalidad. Sentíase física y mentalmente magullada, y entreveía los momentos de la larga y arisca claudicación como pudiera visualizar su travesía vertiginosa quien se hubiera precipitado inadvertidamente desde una gran altura. Poco a poco, sin embargo, la memoria se le fué despejando por lampos, como un cielo anubarrado. Reconstruía...: el apresamiento en el cuarto exiguo, la ventana cerrada, el ambiente espeso; en la cara y por todo el cuerpo jadeante, un hálito ardoroso que la envolvía, la envolvía, licuándola hasta la médula de su voluntad intimidada. Y recordaba frases vagas, unas en tono de repugnante y viscosa codicia; otras, firmes y sordas como amenazas: Dinero... silencio... la Señora... Vestidos... "No le iba a pesar"... "Si no, iba a ser peor"... Y siempre el hálito caliente, el vaho de hombre y de pomada que la asfixiaba como una humareda, que la expulsaba de su castidad y le iba ganando invasivamente las fuerzas, hasta el desesperado abandono... En seguida, la memoración se enturbiaba y surgía la figura de Paco que la miraba con un gesto apacible, sonreído casi.

¿Por qué no se lo imaginaba poseso ya de celosa iracundia? ¿Por qué era su evocación tan plácida,

tan sin remordimientos todavía, como en un sueño absurdo de esos que invisten a los seres queridos de las más vergonzantes complicidades? ¿Es que no la querría?... Y ¿cómo se resignaba ella tan fácilmente a esa suposición, acariciando un vivo sentimiento brusco de autonomía, de "al fin y al cabo, no tengo por qué darle cuentas"?

Repasó vívidamente la historia de su noviazgo. La ironía casera solía llamar a todos los galanes de idilio a la puerta "primos," fundándose en la simulación de ese parentesco, frecuente en las mismas criadas. Pero si alguna vez hubo galán que fuese auténticamente primo, era Paco. Su padre, portero de una casa acomodada en Lugo, casara con una tía de Genoveva, hermana de su madre, muerta del primero y único parto. Genoveva había tratado poco al primo huérfano. Vivieron su niñez, casi contemporánea, separados: el muchacho en la ciudad, ella en la aldea. Cuando Genoveva al fin fué a Lugo a colocarse de costurera, tras los reveses de su casa, el mozo, ya barbiponiente, salía a prestar sus servicios al Rey en la guarnición de Cartagena, y apenas si se vieron algunas tardes en la Alameda, un poco corridos de su parentesco sin confianza. La ausencia del muchacho en el servicio acostumbró al padre a prescindir de aquel hijo único en quien tenía puestos sus mejores amores de viudo no exento de tentaciones, obviando así la realización, por parte del muchacho, de un in-

sistente anhelo de irse a las Américas. Paco volvió, pues, a Lugo para despedirse de su padre y seguir rumbo a La Coruña, donde debía embarcar. Durante aquel brevísimo tránsito, tratáronse los primos otra vez. Ella estaba más hecha y avisada de malicias; él, más curtido también por los tratos de cuartel. La alameda les pareció entonces a ambos tan propicia como el parentesco: a la sombra de una y otro fueron los primeros disimulos románticos de la carne. Cuando él se embarcó días después, llevaba prendido sobre el pecho un detente bordado con pelo de Genoveva y ésta se quedaba con una postal fotográfica que mostraba a Paco muy seguro de sí mismo, vestido de cabo de infantería, al volante de un automóvil de cartón.

Fué, sin embargo, demasiado mar por medio. Ella recordaba que su enamoramiento fulminante se había aplacado mucho con las lágrimas de la primera semana de abandono. Al cabo, las cartas que Paco leyera con nostálgica voracidad, durante las largas veladas de guardia, sentado en su taburete a la puerta de un almacén de tejidos en la calle de la Muralla, se habían ido haciendo muy escasas y familiares, hasta llegar firmadas con un: "Tu prima, Genoveva." Esto le dolió a él como un insulto, y no volvieron a escribirse más.

Al año y medio, Genoveva también llegaba a Cuba. El había ido a sacarla de la estación de inmigran-

tes de Triscornia, muy peripuesto, con el pantalón de franela de las grandes ocasiones; le había buscado alojamiento, la había paseado los primeros domingos en torno a la retreta del Malecón, le había insertado en los diarios las solicitudes de empleo, e iba a llevarla un domingo a una jira en "La Tropical" cuando Genoveva obtuvo colocación en esta casa del Dr. Pérez Garrido,—abogado y representante a la Cámara,—donde aún permanecía.

Después sa había ido engendrando, paulatinamente, lo inevitable. A Genoveva se le hiciera muy cuesta arriba, en un principio, acostumbrarse al nuevo ambiente, a las nuevas responsabilidades. El calor inmisericorde del trópico, aplanándole el espíritu, pugnaba en ella con la conciencia resignada de sus deberes, y en la aspereza de este drama cotidiano se fué afilando la morriña primeriza del terruño. Entonces buscó un desahogo a su tristeza en Paco, que la venía a "sacar" todos los domingos. El primo le hablaba melosamente de Lugo, de la Alameda, de las gentes amigas, de los días frescos y los cielos grises. La melancolía del uno y la del otro, se juntaban, y de ese ayuntamiento nació una simpatía más fervorosa que, referida poco a poco al porvenir, tomó al cabo traza de noviazgo. Una tarde, sentados ambos en el muro del Malecón, el muchacho le habló románticamente, poniendo en sus palabras mucho fervor personal y no pocos ripios de las novelas leí-

das en las veladas del almacén. Y ella, sorprendida por la fe capciosa de Paco en la reciprocidad de su amor, se halló de repente excusándose de sus olvidos y admitiendo que de veras lo quería. Desde entonces, el primo había ido dos noches por semana a conversar con ella en la acera.

El hábito—poderoso alcahuete—hizo lo demás. De tanto hablar en novia y ser tratada como tal por Paco, Genoveva llegó a mirarle como a su esposo predestinado. Ni una sola vez—hasta ahora—le había ocurrido pensar que todo aquello pudiera ser un refugio sentimental de su nostalgia. Habían tenido, eso sí, en ocasiones, vivas discrepancias por motivos tan triviales que a ella misma le sorprendían, provocando esas bascas recónditas con que se defiende el corazón desamorado. Y cada querella había traído, durante una semana, el disfrute inconsciente de un pueril albedrío; pero, al cabo, la nostalgia la ganaba de nuevo; comenzaba a echar de menos los coloquios de la esquina, que la distraían de sus fatigas y de sus humillaciones, y acababa por escribirle a Paco, laboriosamente, algunas líneas de reconciliación en papel rosado. Indefectiblemente, el primo había acudido, ojeroso y más tierno que nunca.

Así habían pasado los siete meses que llevaba de “colocada.” Ahora, en esta madrugada de retrospec-

ciones, dolorida del agravio brutal, la imagen de Paco, "que siempre la había respetado, a pesar de todo," se le presentaba aureolada de una hidalguía humilde. El no hubiera sido capaz... ¿Lo sería de comprender, de excusar, si ella le contara? Sentía ya el ansia de desahogar su secreto, de poner sobre la dignidad escaldada frescor de ternuras amigas; y el ansia ésta era más poderosa que todas las admoniciones cautas del instinto.

Pero, en seguida, el recuerdo del atropello le cuajaba de temores y de vergüenzas el ánimo. La imaginación, recobrando su agilidad mañanera, recorría, a saltos, toda la escala de "las consecuencias." Evocaba los viejos escándalos de la aldea, que habían intrigado su niñez—las mozas engañadas en el azar y la jácara de las romerías, las mancebas parias, a cuyo paso se persignaban mordazmente las beatas—; parecíale que se había rebajado al mismo arroyo ignominioso, y se pasaba las manos por la cara ardorosa, como si quisiera borrarle un estigma presunto de pecado. De súbito, reconocía que su voluntad apenas había intervenido en la peripecia. Ella no lo había querido ni un solo momento: antes luchó con todas sus fuerzas y sus uñas, cruzando de zarpazos despavoridos la misma cara que se había acostumbrado a respetar en el servicio, pese a los relatos

quejumbrosos de la señora. Pero el rostro la había acosado hasta abrumarla. La palabra era demasiado culta para que ella se la formulase; toscamente, sin embargo, a su manera, distinguía que aquello había sido una violación, un "abuso," no una caída... Mas ¿no era el mismo resultado? ¿Quién le iba a creer a ella sus distingos? Ni, de creerlos, ¿quién les daría importancia? Una señorita puede permitirse el lujo de tales especificaciones; la mujer humilde peca siempre sin atenuantes, por sucio instinto. Entre la versión honrada que ella diera y la versión cínica o la mentira descarada del caballero, ¿cómo esperar que prevaleciera su decir? Se veía confesándosele todo a la Señora, entre sollozos y protestas; la despedida inmediata; las frases decepcionadas y severas de la Señora Celia, y los cuchicheos sarcásticos de los demás criados, que se aprovecharían del trance para vengarse de las anteriores subordinaciones.

Resolvió no hablar: no contar nada. Vería qué actitud tomaba el caballero. Y al pensar en él Genoveva no pudo evitar que se insinuara, en un rincón poco vigilado de su conciencia, el recuerdo de las promesas hechas "a cambio." Un momento, se hicieron señales subrepticias de inteligencia sus atavismos de raza expoliada, sus fatigas de sierva y las vagas y rápidas vislumbres de recompensa posible.

Avergonzada, se arrojó del lecho premiosamente. Al despojarse de la camisa larga de dormir, consideró un instante su cuerpo macizo, en que la refriega había dejado algunas huellas violáceas. Luego se arropó ligeramente. El día apenas despuntaba aún. Los demás criados dormían. Cruzó el trozo de azotea que hacía servicio de alto patinillo y que separaba su cuarto del baño y demás habitaciones de la servidumbre; y alterando su horario habitual, se lanzó bajo la ducha fría, en el estrecho y mondo retrete de la dependencia.

Cuando volvió a entrar en su cuarto, le pareció que el baño de la mañana habíale devuelto un poco de su antigua y limpia dignidad.

Jorge MAÑACH

LA CONQUISTA Y LA INDEPENDENCIA RELIGIOSA DE LOS INDIGENAS

A principios del siglo XVI, los grandes Estados indígenas de México y los pequeños señoríos independientes, es decir, los grupos, más o menos poderosos, organizados políticamente detenían en una frontera extensa e imprecisa (Culiacán, Tepic,—Atonilco,—Acámbaro, Jilotepec, Jijitla, Valles y Tampico) el avance hacia el Sur de las hordas cazadoras, chichimecas y de las tribus pimanas.

En esta época, el más elevado estadio de civili-

zación correspondía a los nahuatlacas del Centro de México: xochimilcas, chalcas, tepanecas, tlahuicas, tlaxcaltecas y aztecas, así como a los cholultecas y huexotzincas, descendientes de los náhoa-toltecas; a los tarascos de Michoacán y a los mixtecas y tzapotecas de Oaxaca. La alta cultura maya-quiché había desaparecido en absoluto en unas comarcas y estaba en otras profundamente degenerada, por el afloramiento de las culturas inferiores, debido a múltiples causas de naturaleza diversa.

Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Nuño de Guzmán y el adelantado Montejo, al frente de unos cuantos cientos de españoles, lograron destruir, en treinta años, la estructura política de todos los Estados y cacicazgos del Centro y Sur de México, incluso la parte septentrional de Centro América, porque el desembarco de los conquistadores en la costa de Veracruz, coincidió, precisamente, con el período más crítico de la formación de las nacionalidades indígenas.

La rápida y certera visión de Cortés le permitió aprovechar, en apoyo de sus planes de conquista, las profundas discordias que esta situación había producido, fomentando el odio de los grupos sojuzgados o simplemente amenazados por los nahuatlacas del Valle de México, organizándolos y dirigiendo su común ofensiva contra los aztecas, el núcleo militar y político más poderoso, verdadero embrión de una fuerte nacionalidad. Sus capitanes, después, y más tarde los

diversos jefes de expediciones de descubrimiento y conquista, aplicando la misma táctica, batieron en detail, en las distintas regiones del país, con éxito asombroso, a los pueblos rebeldes a la dominación extranjera, que sumaban en conjunto muchos millones de individuos, sometiéndolos en absoluto, sin que se registraran, entre ellos, importantes rebeldías posteriores.

Por el contrario, las tribus de familia pimana del Noroeste de México; las hordas nómades de los chichimecas, teochichimecas, guachichiles, zacatecos, apaches, etc., que recorrían el Norte de la Altiplanicie y el Estado de Tamaulipas; todos los grupos, en suma, de cultura poco evolucionada o retrogradada que, a la llegada de los españoles, no formaban organismos políticos propiamente dichos, porque en ellos la autoridad residía difusa en la colectividad, eventual y condicionalmente delegada en algunos de sus guerreros o hechiceros; pero sin que ninguna institución militar o sacerdotal hubiera logrado, aún, acapararla en absoluto, presentaron una tenaz resistencia a los conquistadores, que se prolongó en ciertas regiones durante toda la Dominación Española, alcanzando, incluso, hasta nuestros días.

La Conquista de México, fue, desde sus orígenes, una empresa exclusivamente económica. Los españoles arribaron a las playas del Golfo, con intencio-

nes de "rescatar," tan sólo, espejos, cuentas de vidrio y demás bujerías de industria de Europa, por el oro americano. Más tarde, cuando el éxito coronó, con la caída de Tenochtitlán, la arriesgada aventura de Cortés, para la que no traía ni autorización ni planes definidos, se pensó en establecer, por medio los tributos usuales entre los pueblos indígenas sometidos con tanta facilidad, la explotación sistemática de la riqueza de los países conquistados.

Pero ese procedimiento clásico de despojo no pudo aplicarse, por lo menos en la escala enorme que la extensión de los territorios y lo nutrido de la población permitía esperar, porque la medida tradicional de la riqueza, para los indígenas de esta región de América: plumas de aves preciosas, jade, diorita, cacao, etc., era completamente diversa a la de la civilización occidental; y, además, porque el cultivo del maíz, del frijol, del algodón y de las variedades industriales del agave, así como las manufacturas textiles y cerámicas, base económica de las sociedades indígenas, no podían proporcionar riqueza exportable en especie, tanto por ser productos desconocidos o desusados en Europa, cuanto por que su conducción hubiera demandado un esfuerzo naval superior a las posibilidades de los particulares y contrario a los planes de la Corona, que no hubiera consentido en tomar a su carga tamaña empresa, desatendiendo su programa de supremacía dinástica.

En vista de ello, el conquistador hubo de transformarse necesariamente en colono, para explotar los recursos regionales de acuerdo con su concepto peculiar de la riqueza y con las circunstancias históricas, lo cual demandaba un dominio más efectivo y permanente que el logrado por medio de las armas, sobre las masas trabajadoras indígenas que harían posible esa explotación, puesto que los españoles, en América, sólo por excepción estuvieron dispuestos a desempeñar trabajos manuales. El indio, o por mejor decir, el trabajo del indio, era la única riqueza positiva en la mayoría de las regiones de México, y a controlar en absoluto esa riqueza propendió toda la organización política y social de la Dominación Española.

Pero si un puñado de españoles había sido suficiente para destruir la estructura política de los principales señoríos del Centro y Sur de México, unos cuantos miles de soldados y colonos, dispersos entre una población de más de treinta millones de individuos, separados unos de otros por rencores centenarios, por lenguajes distintos, por costumbres diversas y por intereses encontrados, no hubieran podido imponer una organización política que, sustituyendo los sistemas destruidos por ellos, hiciera posible el control de las masas y su aprovechamiento en las nuevas normas de trabajo, de no mediar un auxiliar poderosísimo: la religión.

La Conquista Española, que, como todas las empresas de su género, se tradujo en una serie interminable de atentados contra la vida, la libertad y la propiedad de los pueblos de América, tuvo, "para descargo de la real conciencia de los monarcas" y tranquilidad de las plebeyas conciencias de los conquistadores, la disculpa teológica de la conversión de los indígenas al cristianismo. Los soldados, como era de esperarse dada la índole de su misión histórica, emprendieron la fase destructiva del programa, de acuerdo con sus posibilidades, su cultura y moralidad personales, sin pensar, siquiera, en iniciar, de manera formal, la conversión de las multitudes nativas. Los sacerdotes que los acompañaban, incluso, simples capellanes de sus ejércitos, más que apóstoles de la fe, poco se preocuparon también de la predicación.

Pero los precarios resultados materiales de la conquista de México—el reparto de los tesoros despojados a los indígenas—no bastaron a los soldados de Cortés ni siquiera para saldar sus deudas con el cirujano y el desencanto que produjeron las expediciones enviadas en demanda del oro codiciado, convencieron a los conquistadores más inteligentes y al gobierno español de la necesidad de organizar la explotación de las "posibilidades" y substituir para ello la conquista militar destructora por la espiritual constructiva.

Para lograr esta finalidad, el Rey de España ne-

cesitaba tener el control absoluto sobre el clero regular y secular que habría de emprenderla; los papas Alexandro VI, concediéndole el "Real dominio de los Diezmos" y Julio II, otorgándole el "Real Patronato," le confirieron el dominio efectivo y completo, económico y jerárquico, sobre la Iglesia Americana: no era el poder temporal el que serviría al espiritual, según cumplía a la ética del siglo, sino la religión la que iba a ser instrumento, más que aliada, del Estado Español.

La religión, que había sido en las sociedades indígenas el principal elemento de dominación, serviría, también a los españoles, para dominar económica, social y políticamente a los pueblos indígenas de América.

En los grandes Estados del Centro y Sur de México, y, en mayor o menor grado, en todos los pequeños grupos organizados políticamente, el sacerdocio constituía una institución orgánica y, en consecuencia, las prácticas religiosas, normadas por un ritual preciso e inflexible, formaban ya una verdadera especialidad; pero entre los poderes espirituales y temporales existía una interdependencia tan estrecha, que en ocasiones llegaba, como entre los aztecas, a una positiva identidad, puesto que el monarca era, por excelencia, el sumo sacerdote, y de las altas dignidades sacerdotales se solía pasar a los supremos mandos militares y de éstos a aquéllas.

Como consecuencia del excesivo formulismo y jerarquización de las instituciones sacerdotales, los dogmas, los mitos y hasta la ética misma, fueron supeditados a un complejo ritual, en forma tan estricta, que el espíritu religioso no podía mantenerse, ni casi manifestarse, independientemente del sacerdocio que interpretaba la voluntad de los númenes y que poseía, privativamente, las fórmulas propiciatorias.

Paralelo a la constitución del sacerdocio, como casta, y a la supremacía ritual, se desarrolló un concepto materialista que les es complementario: los templos, las representaciones plásticas de los dioses y los implementos ceremoniales, cobraron progresivamente una importancia esencial en la religión, de la que eran simple expresión y símbolo, al grado de no ser posible un acto de culto, sino a condición de realizarse en lugar determinado, frente a tal o cual imagen de los númenes y con auxilio de objetos rituales precisos.

Por ello, los conquistadores, al asumir la soberanía y el poder condensado en los señores y caciques, aniquilando material o virtualmente las castas militar y sacerdotal que les servían de fundamento, y ocupar el emplazamiento de los *teocallis*, por lo común pirámides que tenían decisiva importancia como lugares estratégicos, dado que en sus luchas tradicionales habían sido el primer objetivo del ataque y el último baluarte de la resistencia, destruyen-

do previamente los templos, los ídolos y los implementos rituales, hirieron de muerte a la religión misma, al propio tiempo, privando a las multitudes indígenas de su consuelo espiritual, en los momentos en que más lo necesitaban por las tremendas vicisitudes que sufrían.

En este momento crítico y propicio arribaron a las playas de Veracruz los apóstoles de la nueva religión. A los frailes de la Orden de San Francisco, la más prestigiada de Europa, en esa época, correspondió iniciar, el año de 1524, la portentosa obra apostólica y política. Después de los primeros ensayos infortunados, producto de un "celo indiscreto," que los impulsó a lanzarse a predicar los más abstrusos dogmas del catolicismo, "con mudez y solas señas" o en español, profusamente ilustrado con textos latinos, a las atónitas multitudes náhoas, tarascas u otomíes: logrado el arduo aprendizaje de las lenguas indígenas, "la teología que de todo punto ignoró san Agustín," y, sobre todo, instruídos en el catecismo y adiestrados en el ritual por Fr. Pedro de Gante, el primer maestro de América, varios centenares de niños de la nobleza vernácula, los franciscanos emprendieron con fervor la conversión de los naturales, desde sus cuatro primitivos conventos de México, Texcoco, Tlaxcala y Huexotzingo.

Ya en su terreno evangélico, en íntimo contacto con las masas nativas, presas de la desorganización,

el terror y el fatalismo, los monjes penetraron fácilmente su situación religiosa y supieron aprovechar en favor del catolicismo sus conflictos espirituales. Ayudados eficazmente por los alumnos de sus colegios y por los catecúmenos indígenas, acabaron de destruir los altares de los dioses caídos; procuraron atraer por medio de discusiones teológicas a los sacerdotes indígenas que habían sobrevivido a la lucha militar, hostilizando sin piedad a los contumaces y persiguiendo los actos clandestinos de los cultos prohibidos, hasta los lugares más apartados del país, con los castigos más severos.

Entre los pueblos politeístas se observa una marcada tendencia al eclecticismo religioso; con facilidad aceptan en sus altares un dios extranjero, en particular si atraviesan un período de crecimiento por agregación o conquista de otros pueblos, y atribuyen a las divinidades ajenas, lo mismo que a las propias, poder para beneficiar o perjudicar a sus fieles, e, incluso, a los que no lo son. Entre los pueblos nativos del Centro y Sur de México, cuyas religiones eran ya un inextricable conglomerado de mitos de diversas procedencias étnicas y de distintas filiaciones culturales, la conquista implicaba la imposición de los númenes de los vencedores y la aceptación de su culto por los vencidos: no existía entre ellos, en consecuencia, oposición psicológica o tradicional para la admisión de nuevos dioses. Por esto, la religión ca-



Procesión de los tzotziles en Chamula

tólica no encontró grandes resistencias mentales para ser aceptada, como un aporte más; pero fue imposible, por lo menos durante las primeras generaciones, que los indígenas abandonaran sincera y totalmente el culto íntimo de sus divinidades vernáculas, como lo demandaba, en principio, el exclusivismo característico de las religiones monoteístas.

Por ello, las multitudes nativas, acostumbradas a los ritos cotidianos y múltiples, necesitadas de una protección divina que no les podían impartir ya sus dioses de piedra, rotos en mil fragmentos que formaban parte de la mampostería de las iglesias de la nueva religión y de las casas de los conquistadores; habituadas a concurrir, día a día y noche a noche, a los

lugares consagrados por su fe centenaria, ocupados ya por los templos cristianos, presentaron, en realidad, muy poca resistencia para irse sometiendo, en grandes masas, como un acto natural de acatamiento a los vencedores y como un recurso, frecuentemente eficaz, de defensa contra sus abusos, a la adoración, en extremo superficial y mecánica, de los nuevos dioses—pues dichos dioses eran y aun son para muchos de ellos, tanto las tres distintas personas del dogma de la Trinidad, como los elegidos del Santoral Romano—que iban a suplantar, primero, y a substituir más tarde, a sus dioses de los elementos, de las actividades humanas, de los accidentes de la naturaleza y hasta a sus diosecillos domésticos.

Con la sola cooperación de los dominicos, a quienes correspondió evangelizar Oaxaca, Chiapas y Guatemala, principalmente, y de los agustinos, a quienes tocó doctrinar Michoacán, Guerrero y la Huasteca, de preferencia, pues la inmoralidad, incompetencia y escasez del clero secular no permitió al Episcopado, en aquella época de roturación, ejercer una acción catequística independiente de las órdenes religiosas, los franciscanos habían logrado, al mediar el Siglo XVI, al decir de los cronistas y de los documentos de ese tiempo, la conversión de los pueblos indígenas del Centro y Sur de México, hecha excepción de los grupos de cultura arcaica, que habían perdurado, incrustados en las jurisdicciones de los gran-

des Estados, al amparo de las comarcas de difícil acceso y circulación.

La conversión de los indígenas al catolicismo, fue un hecho real por lo que se refiere a su absoluta sumisión al clero regular y secular, es decir, desde un punto de vista meramente político y administrativo; por lo que hace al culto, esta conversión fue sólo relativa, pues el ritual romano sufrió inevitables modificaciones al enriquecerse con las ceremonias, plegaria y oblaciones de los rituales vernáculos.

Aunque el sacerdocio procuró, en el ejercicio de su ministerio, no apartarse de los cánones, sino en aquellos casos de fuerza mayor previstos en los concilios, se vió en la imprescindible necesidad de transigir con el uso de las formas propiciatorias tradicionales entre los nativos, sin cuyo requisito la obra apostólica hubiera tropezado con obstáculos difíciles de superar y se habría demorado siglos, tal vez, con grave perjuicio de los intereses políticos de la Colonia.

Por ello, las danzas, incluso de carácter totémico o astronómico, expresión dinámica de las religiones anatematizadas; los antiguos cantares en las lenguas nativas, expurgados, tan sólo, de sus alusiones a los dioses caídos, pero con su mismo espíritu, su misma ética y su misma estética, y las habituales ofrendas, de acuerdo con las normas prescritas en el tonalá-

matl maldito, sirvieron para adorar a *Tonantzin* (Nuestra Madre) del *Tepeyac* (La Virgen de Guadalupe), en el templo edificado donde había sido adorada *Tonantzin*, Nuestra Madre *Centéotl*, Diosa del Maíz; el Santo Cristo de Chalma en la cueva de *Oztóctéotl*, Dios de las Cavernas, comprendida hoy dentro del recinto del santuario indígena más importante de México, y la Virgen de los Remedios sobre la pirámide de Cholula que soportaba, en la época de la Conquista, el más famoso templo de *Quetzalcóatl*.

La ortodoxia de la iglesia romana y el carácter peculiar de los dogmas católicos, no permitieron, naturalmente, la formación de una nueva religión mediante su amalgama, yuxtaposición o superposición con los mitos indígenas, aunque no fueron raros los casos en que este fenómeno, habitual en la evolución histórico-cultural prehispánica, se repitió de hecho; los númenes vernáculos fueron derrocados de sus altares, sin excepción ni vacilaciones, y sustituidos, rápida y definitivamente, por los símbolos de la nueva fe; pero la mentalidad religiosa de las multitudes, su concepto sobre la divinidad y las relaciones de los dioses con la naturaleza y con el hombre y los deberes de éste para con aquéllos, no cambió en modo alguno.

Los grandes Estados de México tuvieron siempre una estructura de clases, derivada de la situación

histórica de los diversos elementos étnicos que los integraban. La clase poseedora de la alta cultura, dominante políticamente por su propio poder o por medio de la absorción de las tribus u hordas más energías, gravitaba económicamente sobre las clases formadas por los elementos étnicos de culturas inferiores. Esta situación de privilegio y esta supremacía permanente, radicaban en la posesión privativa de la técnica superior, de los conocimientos científicos, y principalmente, de los rituales, de las fórmulas propiciatorias y de la comunicación directa con los dioses.

La Conquista, fue, en realidad, una lucha sostenida entre las clases indígenas privilegiadas, guerreros y sacerdotes de los diversos Estados de México, contra los españoles que pretendían substituirlos en la explotación sistemática de las multitudes indígenas, ayudados por grupos indígenas que intentaban aprovechar la oportunidad para librarse de esta explotación. El triunfo de los españoles y sus aliados implicó el aniquilamiento definitivo material o virtual de las clases privilegiadas, es decir, de las poseedoras de la cultura, porque los individuos pertenecientes a ellas que sobrevivieron a las sangrientas luchas, despojados de la supremacía militar y política, substituidos en el privilegio económico, perdieron también el dominio espiritual de las multitudes, cediéndolo a

los poseedores de la nueva técnica, de la nueva ciencia y de la nueva religión.

Pero las nuevas clases privilegiadas poseyeron, también privativamente, la técnica superior, los conocimientos científicos, los rituales, los sacramentos y la comunicación directa con la divinidad, por conducto del Pontífice Romano, en representación nominal en la Tierra y de su delegado efectivo en América, el Rey de España.

Durante los primeros años que siguieron a la conquista, el fervor de los misioneros, la conveniencia política y la necesidad imperiosa de intérpretes, asociaron a los jóvenes de la nobleza indígena, previamente adiestrados en colegios especiales, a la predicación, a la destrucción de las instituciones religiosas y políticas de sus mayores y al establecimiento sólido y orgánico de los españoles como clase privilegiada; algunos de sus más distinguidos representantes vistieron el sayal franciscano, la sotana de clérigo, la ropilla de curial y hasta los arreos de hombre de armas al servicio de la nueva sociedad; los descendientes de los príncipes indígenas escribieron en latín ciceroniano o en español castizo extensos memoriales en los que hacían gala, en demanda de mercedes reales, de los servicios prestados por sus antepasados a la Conquista; los educandos de Tlaltelolco y Tlaxtepetit, restituidos a sus cacicazgos hereditarios, expoliaron y oprimieron a sus vasallos en

favor de los encomenderos, de las "Reales Cajas," de las órdenes religiosas, del episcopado y en propio beneficio, superando las viejas matrículas de tributos. Eficaces agentes de la dominación espiritual y temporal de España, su incorporación, más o menos positiva e íntima a la nueva cultura, fue un hecho individual y poco frecuente que no ejerció influencia sobre la colectividad de donde procedían, ni fue elemento de transformación espiritual. Solamente sirvió, en la mayoría de los casos, para perpetuar a los caciques sumisos a los conquistadores, como un órgano de opresión y una pesada carga económica, en su calidad de "justicias" locales.

Recién llegados los "doce" franciscanos, fundadores de la primera provincia religiosa de Nueva España, poco conocedores del verdadero carácter de las religiones y de la psicología de los indígenas e ignorantes en absoluto de sus lenguas todavía, pero poseídos de un gran entusiasmo catequístico, entablaron, por medio de intérpretes, discusiones teológicas con los principales individuos de esas clases privilegiadas, sacerdotes y caciques, en las que consideraron ingenuamente "refutada" la idolatría y triunfantes los dogmas católicos, como no podía menos de haber sido, dada su condición de representativos espirituales de la conquista militar. Es indudable que de haberse invertido esta situación histórica, los códigos indígenas consignarían la victoria del sacerdocio vernáculo sobre sus contradictores en esa

metafísica disputa aun cuando se hubiera enriquecido con algunos mártires más el Santoral Romano.

Pero basta leer "las pláticas y coloquios de los doce primeros misioneros de México," recogidos por Sahagún, después de minuciosamente corregidos por los alumnos del Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, expertos en el náhuatl, el español y el latín, para convencernos de que la conversión de los sacerdotes que se rindieron "por siervos de Dios, renegando de los ídolos," hecho absolutamente real desde el punto de vista material, desde el espiritual no pasa de ser una ilusión de la fe y la simplicidad de los frailes.

Dejando a un lado la dificultad, insuperable para los intérpretes, de traducir de una lengua de flexión como la española una aglutinante como la náhuatl, ideas abstractas o concretas referentes a temas metafísicos exóticos y a lugares y acontecimientos insospechados; tomando, tan sólo, la doctrina misma, materia de la controversia, fundada en "verdades reveladas," resulta inaceptable, por el simple enunciado de sus afirmaciones categóricas, indiscutibles en el concepto de sus profesantes, la repudiación espiritual de otros dogmas tradicionales, producto de la inspiración o de la palabra divina, también, y también indiscutibles para sus creyentes.

Los más conspicuos y experimentados catequistas de la época ponen constantemente sobre aviso a los frailes de sus órdenes respecto a las supervivencias

ocultas de los ritos antiguos y a las continuas reincidencias de los sacerdotes indígenas conversos a los cultos prohibidos, y si la Inquisición no mostró mucha actividad para castigarlos—de 131 causas sustanciadas por el primer obispo de México, de 1536 a 1546, sólo 13 fueron incoadas contra indígenas—ello obedeció a que la “relajación en persona” del cacique de Texcoco D. Carlos Chichimecatécotl, quemado durante la gestión inquisitorial del propio D. Fr. Juan de Zumárraga, fue duramente censurada, tanto por impolítica, cuanto por ser los indígenas “tan nuevos en la fe, gente flaca y de poca sustancia.” A esta suerte de consideraciones obedeció la piadosa prohibición de que se procesase a los nativos por causas de fe, dictada en el año de 1575.



Fiesta de San Juan en Chamula

Si esto ocurría con los personajes más encumbrados de las naciones conquistadas, en cuya conversión pusieron los frailes todo su empeño y habilidad, por la trascendencia que su ejemplo traería en la conversión de sus vasallos, fácil es conjeturar el estado espiritual de los individuos pertenecientes a los estratos inferiores de las sociedades indígenas, doctrinados con apresuramiento tal por los franciscanos, nunca más de sesenta en acción simultánea, hasta entonces, que según Fr. Toribio de Benavente Motolinía, habían bautizado, es decir, convertido, instruido y aceptado en la fe católica, "más de nueve millones de ánimas de indios."

Dejando a un lado los reparos puestos, antaño como hogaño, a los bautismos en masa e individuales realizados por los primeros apóstoles, pues justos o injustos no tienen interés esencial para nosotros, solamente haremos notar que las irregularidades que se cometieron y que motivaron la bula *Altitudo divini concilii* de Pablo III, fueron originados por la imposibilidad material de apegarse al ceremonial, por falta de tiempo, dado el corto número de sacerdotes y la multitud de los neófitos.

Pero no podemos menos de declarar, a pesar de lo mucho que sobre el asunto se ha argumentado, siempre con criterio sectario, que si los frailes no tuvieron tiempo para ajustarse al Ritual Romano en

un sacramento tan rápido como el bautismo, menos lo tuvieron para convertirlos, esto es, para destruir sus ideas religiosas tradicionales, instruirlos en los misterios y dogmas de la nueva religión, y, particularmente, inspirarles la fe absoluta, sin dudas ni vacilaciones, condiciones indispensables del catolicismo para admitir en su comunión un nuevo creyente.

La cultura lógica, generadora de las grandes civilizaciones de la América Septentrional, en el centro de México, había sido transmitida por los olmeca-xicalancas, sólo a las clases privilegiadas de los náhoa-toltecas, y por los náhoa-toltecas que quedaron dispersos en los valles de México y Puebla, únicamente a las clases privilegiadas de los nahuatlacas y de los chichimecatomíes. Como ocurre aún en nuestra época, incluso en los países más avanzados, las masas trabajadoras de las sociedades indígenas, no alcanzaban, colectivamente, el nivel reservado a las clases elevadas, pues como recurso infalible para mantenerlas en una situación social, económica y política subalterna, les estaban vedados los conocimientos superiores, en todos los órdenes, y sólo les eran lícitos los concernientes a sus artes o industrias y algunas nociones religiosas de carácter absolutamente popular.

Cierto que los nahuatlacas eran, en conjunto, una clase privilegiada, en relación con los innumera-

bles pueblos sojuzgados por ellos; pero su nobleza sacerdotal y militar, aunque no completamente estratificada aún, puesto que, por su corto número y lo reciente de su predominio, necesitaba todavía fortalecerse con la admisión de elementos populares individualmente selectos, no dejaba por ello de ser la poseedora exclusiva de la cultura superior. En consecuencia, cualquiera que fuese el grado de evolución de los grupos políticos dominantes que aprovechaban su labor, los *macehuales*, las clases trabajadoras indígenas, conservaban, dentro de su estrato social correspondiente, su cultura totémica tradicional—incluso las hordas de cultura sub-ártica que, al sedimentarse, habían adoptado, naturalmente, la cultura de los sedentarios—y cualesquiera que fuese su habilidad técnica, su mente seguía siendo pre-lógica, es decir, seguía funcionando por asociaciones.

Esta forma de ideación se distancia progresivamente de la mentalidad lógica y principia a ser importante en sus consecuencias culturales, a medida que los seres, las cosas, los hechos y los fenómenos se sustraen a la observación individual y se apartan más de la experiencia acumulada, es decir, desde el momento en que la relación de causa a efecto comienza a ser *mediata*, llegando a su máxima divergencia en el campo de lo abstracto y lo metafísico. Sin embargo, la cultura occidental, lógica por excelencia en sus concepciones de orden práctico, en su

mentalidad mística convergía en lo sobrenatural con las mentalidades indígenas, lógicas o asociativas, puesto que la ignorancia de las causas primeras y el deseo de comunicación con la divinidad les hizo fundar sus dogmas en la revelación y su recurso supremo para eludir las leyes naturales en el milagro y la magia.

Por ello, lo sobrenatural jugó papel importantísimo en la conversión de los nativos, cuando la elocuencia de los apóstoles de la fe cristiana agotó en vano sus argumentos apoyados en los Santos Padres y en los Doctores de la Iglesia, las "apariciones" se sucedieron sin interrupción en el transcurso de los siglos; ya era el Apóstol Santiago, montado en su brioso caballo blanco, combatiendo al frente de los españoles o de sus aliados indígenas, en los momentos más angustiosos, de un hecho de armas—aunque los ojos mundanos de Bernal Díaz del Castillo no tuvieran el privilegio de verlo—o la Virgen de los Remedios, patrona de los conquistadores, por cuya intervención se salvaron la Noche Triste; ya Nuestra Señora de Izamal, la Cruz Florida de Tepic, el Señor de Amecameca, la Virgen de Lagos, advocaciones y símbolos de las divinidades occidentales que protegerían a los fieles de los dioses caídos, en cada una de las regiones de México, el milagro puso, por así decirlo, un efluvio de divinidad en la obra material y espiritual de los frailes misioneros y unió en una

sola reverencia a los vencedores y a los vencidos; el conquistador seguía prosternándose ante el altar común con sus plegarias, oblaciones y ritos habituales, y el conquistado comenzaría a acercarse a él con sus danzas, cantares y ofrendas tradicionales; pero sus espíritus seguirían las trayectorias divergentes que les marcaban sus procesos mentales disímiles, y su diversa interpretación de lo subjetivo y de lo metafísico.

Por ello, asimismo, el milagro, y no sus conceptuosos argumentos teológicos, cimentó ante las multitudes indígenas la autoridad espiritual de los misioneros, la fama de los santuarios señalados por la presencia de la divinidad, en diferentes formas y circunstancias, y el prestigio de la misma religión, incluso.

Pero no fue la autoridad espiritual, o más concretamente, religiosa, de los frailes misioneros, con ser muy importante, la que ejerció mayor influencia sobre los indígenas, conversos o no; fue su autoridad social, derivada de su enérgica y perseverante actitud de protesta contra las iniquidades de que eran víctimas los vencidos, por parte de los conquistadores, de los colonos, y, con frecuencia, de las propias autoridades de la Colonia; fue su conducta personal, su primitivo desinterés y su abnegada indiferencia ante los sufrimientos, las privaciones y la fatiga.

La íntima relación que existía en las sociedades indígenas, entre los poderes espirituales y temporales, a la que hemos hecho referencia, los había llevado a establecer penas corporales por faltas espirituales; y su concepto peculiar de los deberes del hombre para la colectividad de la que formaba parte, para con sus señores y para con los dioses, reminiscencias de las prohibiciones (tabus) de un totemismo insubsistente ya, los había conducido a castigar los delitos con penas extremadas, incluso de esclavitud y muerte. Con diversos matices, tan sólo, pero con la misma tendencia esencial, una legislación inflexible, más duramente aplicada mientras más elevado era el nivel social de quien incurría en sus sanciones, mantenía en los grupos indígenas organizados políticamente, a la vez el orden establecido y los preceptos morales.

La Conquista, al destruir la estructura política y religiosa de los Estados indígenas, derogó automáticamente las leyes que los regían y suprimió los organismos tradicionales que las interpretaban y hacían cumplir, sin que la nueva legislación (reales cédulas, reglamentos, instrucciones, etc.) y los tribunales y magistrados que debían aplicarla, pudieran substituirlos de manera eficaz. Ciertamente que los conquistadores y colonos asumieron, tan rápidamente como les fue posible, la función de las autoridades nativas, ayudados por los caciques sumisos; pero su interés era exclusivamente económico. Señores feudales o

simples recaudadores de tributos ordinarios y extraordinarios, poco se les daba de la vida espiritual, moral y social de los conquistados, como no perjudicase directamente sus intereses materiales, y las "Leyes de Indias," fraguadas a más de mil leguas de distancia, iban siendo expedidas lentamente, en consideración a los males trascendentes que urgía remediar, más que con ánimo de prevenir y de orientar en un sentido determinado el desarrollo de la complexa sociedad colonial.

En estas condiciones, los frailes de las órdenes religiosas, dispersos en todas las regiones de los países conquistados, comenzaron desde sus conventos a impartir la justicia de una manera arbitraria, con apego únicamente a su criterio personal, puesto que no existían aún códigos que les sirviesen de norma. Frecuentemente se les ha acusado, entonces como ahora, de excesiva dureza en la aplicación de los castigos, por las faltas más leves, inclusive por las simples faltas de devoción; el hecho es cierto y por ello fueron severamente amonestados por el Rey de España en distintas ocasiones; pero esta dureza, en modo alguno excesiva comparada con las crueles sanciones usuales en las sociedades indígenas, raras veces perdió su carácter paternal, y fue, en cierta medida, resultado natural del ambiente de violencia que los rodeaba y de las circunstancias anormales que presidían el nacimiento de la nueva sociedad.

Puede decirse que durante las primeras décadas

de la Dominación Española, los mandamientos de la ley mosaica adoptados por el cristianismo, y los mandamientos rituales de la iglesia católica, fueron las únicas leyes para los indígenas. Los pueblos conquistados aceptaron de buen grado esta intervención de los poderes espirituales en lo temporal, tanto porque ello significaba la continuación de sus tradiciones prehispánicas en la materia, cuanto porque, cualquiera que fuese la dureza del castigo impuesto por el fraile, mayor hubiera sido la del que impusieran, en idéntico caso, el corregidor o el encomendero. Por estas circunstancias la educación moral y la disciplina ritual de las multitudes nativas, fue motivo de una especial atención por parte de los frailes y los resultados obtenidos por ellos fueron más positivos que en materia de dogma.

Pero aún esta actividad catequística superficial, a la que mucho contribuyó la vanidad y el espíritu de corporación, se amortiguó bien pronto. Todavía vibraba la voz enérgica de Fr. Bartolomé de las Casas en el debate contra el Dr. Sepúlveda, cuando los dominicos de Guatemala, urgidos por el Rey para que continuaran la conversión de los indígenas de la "Tierra de Guerra," iniciada por aquél con éxito tan grande que conquistó para la comarca el nombre de Vera-Paz, optaron en el Concilio de Cobán por la

destrucción total de los lacandon-
nes.

La emulación entre las órdenes religiosas antagónicas, no se manifestaba ya, como en los primeros años de su acción evangélica, en el número fantástico de los bautismos, en la extensión de los territorios recorridos, en el estoico sufrimiento de las fatigas y la valiente resignación ante los peligros; la magnitud de las iglesias, la opulencia de los conventos, el esplendor del culto y la riqueza de las jurisdicciones, fundaban el orgullo y atizaban el odio de unas para otras, dando margen, con frecuencia, a verdaderos tumultos. Tan sólo entre los colegios franciscanos de *Propaganda Fide* de Zacatecas y Querétaro y los misioneros de la Compañía de Jesús, se conservó el carácter apostólico de la competencia, hasta la expulsión de éstos en el año de 1767, en la conquista espiritual de las Provincias Internas (Norte de México y Sur de Norte América) y de las Californias, con ventaja de los primeros en amplitud y supremacía de los últimos en solidez.

No se trataba ya de captar el amor y la reverencia de las fervientes multitudes indígenas, verdadero juguete de las pasiones y los intereses encontrados de los ministros de los nuevos altares, sino de granjearse el favor de la sociedad feudal de la nascente colonia, fanática, gazmoña, ignorante y desocupada, para la que estas pugnas insanas consti-

tuían el más delicado manjar espiritual. El episcopado, en parte por refrenar tanto desorden y en parte por la necesidad de dar ocupación al clero secular—carga sin cesar creciente que la Metrópoli expelía como una toxina para sus colonias; verdadera escoria de las diócesis españolas que por su profunda inmoralidad, su ambición desenfrenada y su ignorancia crasa, desde muy temprano constituyó el elemento más peligrosamente antisocial—entró en la lucha, reivindicando palmo a palmo los derechos de jurisdicción espiritual y temporal que le correspondían, y erigiendo las parroquias en las áreas que se consideraron catequizadas. Los virreyes y las audiencias, en su empeño incesante de mantener sin menoscabo y aún de ampliar los privilegios del Real Patronato, complicaron al poder civil en esta batalla sin tregua, sólo atenuada un tanto por la presencia de los visitantes o por la desdeñosa prudencia de algún virrey inteligente.

Entre tanto, la destrucción de la población indígena proseguía rápida e inalterable; diezmada por las enfermedades epidémicas, tradicionales o aportadas por los conquistadores, el tifus y la viruela principalmente, que habían encontrado un medio propicio en la miseria creciente, en el trabajo excesivo, en las concentraciones urbanas a las que se redujeron, por órdenes estrictas de carácter político, sus poblados de habitaciones dispersas en los terrenos labran-

tíos; aniquilada en empresas de descubrimiento, de conquista y colonización, desde la de Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia, que costó más de veinte mil vidas de "aliados" indígenas e incontables de enemigos, hasta la lenta ocupación de las tierras de chichimecas, en las que los pechos de tlaxcaltecas, mexicanos y tarascos servían de valladar a las terribles incursiones de los guerreros nómades, de Guanajuato a Texas y Nuevo México, haciendo posible a los frailes, a los mineros y a los hacendados fundar sus misiones, laborear sus vetas y multiplicar sus ganados.

Al compás de la despoblación, el empobrecimiento progresivo de las colectividades indígenas, no tanto por el tributo (un peso y media fanega de maíz por término medio), aunque en ocasiones se gravaba a los vivos con el que correspondía a los muertos, sino por la prestación de servicios en las minas, en la carga, en la hacienda, y principalmente en las construcciones religiosas y profanas, que los obligaban a abandonar a sus familias sin sustento y dejar los campos sin cultivo, permitiendo que el latifundista vecino a los frailes del próximo convento, cuyos ganados habían ya talado la semente sin guarda, valiéndose de la ley prehispánica de tierras ociosas del *calpulli* (barrio), mantenida en vigor tan sólo para perjuicio de los indígenas, pudieran dilatar los linderos de sus haciendas.



El jefe lacandón, sacerdote de los cultos totémicos, rodeado de su clan

La arquitectura religiosa colonial de México de la que tanto nos enorgullecemos. Las 13727 iglesias, conventos, ermitas y capillas que constituyen el atractivo mayor para el turista, costeados nominalmente por terceras partes entre el Rey, el encomendero y el indígena, en los primeros tiempos, y por generosas donaciones y limosnas, después, obra exclusiva fueron de la labor directa o indirecta del único trabajador y productor de riqueza en la Nueva España: el indio. El máximo de ese inigualado derroche de energía correspondió, precisamente, al siglo XVII, coincidiendo con el mínimo de población indígena de todos los tiempos ponderables. En este siglo se construyeron más de ocho mil edificios religiosos, no obstante que el Rey de España, el Conse-

jo de Indias y los virreyes mismos, lucharon sin cesar por impedir ese despilfarro de riqueza y energía, sin conseguirlo, desgraciadamente; pero cabe preguntar, sin esta tenaz oposición ¿a qué extremo insensato habría llegado la Iglesia en su locura de grandeza material y cuáles hubieran sido las cargas que hubieran debido soportar los indígenas para cumplir esa trivial pasión?

Esto fue producto, se objetará, tal vez, de una ferviente fe religiosa, análoga a la que creó la arquitectura gótica de Europa, por ejemplo, que se expresaba por medio de las artes plásticas, porque la gran diversidad de idiomas requería de ese idioma internacional sin palabras. Ello es verdad para cierto número de iglesias y santuarios, bien pocos por cierto, en los que los indígenas concentraron de manera especial su sentimiento religioso; pero es inexacto en la mayoría de los casos: El Códice de Teotihuacán-Acolman, en el que los agustinos aparecen flagelando y dando tormento a los indígenas que construían su famoso convento, para animar su forzada actividad, es una buena prueba de esto.

La Dominación Española, a pesar del fuerte dinamismo de su expansión colonizadora y de su valiente e incansable persecución de la riqueza súbita —la rica veta argentífera— en lo espiritual fué desesperadamente estática: la misma ética que normó las matanzas de Nuño de Guzmán y las tesis de Fr.

Domingo de Betanzos, normó las ejecuciones sumarias del Generalísimo Calleja y los edictos del obispo Abad y Queipo.

Treinta años, tan sólo, le bastaron para destruir, hasta en sus más pequeños engranajes, una cultura milenaria y por muchos aspectos admirable, desarrollada con independencia de influencias extracontinentales, y trescientos no le fueron suficientes para sustituirla con los rudimentos, siquiera, de su propia cultura.

La obra educativa iniciada por los primeros frailes de las órdenes antiguas (franciscanos, dominicos y agustinos), a pesar de ser muy limitada, sólo accesible a las altas clases sociales indígenas, bien pronto comenzó a sufrir oposición y a encontrar obstáculos infranqueables de carácter oficial y oficioso, a causa, precisamente, de su éxito notable: la situación de privilegio, a la que los españoles no estaban dispuestos a renunciar; la supremacía económica y política, según hemos visto, radicaba en la posesión privativa de la técnica superior, de los conocimientos científicos, de los rituales, de las fórmulas propiciatorias y de la comunicación directa con los dioses.

Los colonos españoles, los "peninsulares," transmitieron a sus hijos su cultura, como era inevitable; pero sólo a los "criollos," es decir, al producto de su alianza con mujeres de su raza, pues los habidos por violencia en las vírgenes indias o negras, "mes-

tizos" y "mulatos," raramente disfrutaron de este derecho inalienable; y adquirirían sus nociones sobre los seres y las cosas y sus normas éticas y estéticas, en las plazuelas, en los mercados, en los caminos reales, en los garitos y en las cárceles, es decir, recibieron como única herencia cultural los detritus de una sociedad en descomposición. De hecho, en favor de los criollos se desarrolló, asimismo, toda la obra educativa realizada durante la Dominación Española, puesto que el peninsular, con excepción de los raros casos en que llegaba a América durante la niñez o la primera juventud, instruido o analfabeto, aplicado a la conquista de la riqueza material, poco se preocupaba del enriquecimiento de su espíritu.

La Real y Pontificia Universidad de México, los colegios de ciencias y artes de las órdenes religiosas y los institutos de diverso origen y tendencias encargados de la enseñanza superior, no fueron accesibles, sino por excepción, a los indígenas ni a las diez y ocho *c a s t a s* en que se distribuyeron los productos de la conjunción de los tres elementos fundamentales—blanco, indio y negro—de la demografía colonial; pues, aparte de que severísimos reglamentos exigían como requisito de admisión la probanza de "limpieza de sangre" o la patente de "cristianos viejos," y fútiles pretextos, insuperables en la práctica, les estorbaban la obtención de grados, una situación económica de progresiva inferioridad se los ve-

daba de hecho. Incluso los institutos fundados expresamente para proteger e instruir a los mestizos desamparados de sus padres, que lo eran la inmensa mayoría, el de San Juan de Letrán, para hombres, y el Colegio de Niñas, a pesar de su reducida capacidad que los hacía inútiles para el cumplimiento de su función, bien pronto fueron invadidos por criollos de familias menesterosas. Además, en el propio San Juan de Letrán, sólo seis estudiantes podían aspirar, anualmente, a la instrucción superior, seleccionados, en principio, en atención a la capacidad y al aprovechamiento, pero de hecho a las influencias que tan señalado papel han jugado siempre entre nosotros.

Ello no significó, sin embargo, una situación importante de privilegio para los españoles americanos, puesto que los pingües cargos políticos, administrativos y judiciales; las altas dignidades eclesiásticas y los supremos mandos militares, provistos por el Rey y conferidos a españoles peninsulares, hacían de este monopolio del conocimiento y la técnica superiores, prácticamente nulo desde un punto de vista económico y político, asunto de vanidad y arbitrio para obtener una dudosa consideración social.

La peculiar estructura colonial, que no permitía el ascenso de las castas como clase y estorbaba su mejoramiento individual, limitando su acción a los oficios, a las posiciones subalternas ínfimas y a los servicios domésticos, no impidió, y aun fomentó, el

descenso del criollo en favor de la supremacía de los peninsulares, restringiendo su participación en las empresas comerciales e industriales, de las que lo apartaban, además, los prejuicios de su educación escolástica y de su torpe concepto aristocrático, dejándole como única base económica el latifundio, al que los gravámenes hipotecarios excesivos y una agricultura precaria no le permitieron convertirse en media y pequeña propiedad útil, por la excesiva partición hereditaria, concentrándolo en las "manos muertas" de la Iglesia prestamista; y como único recurso posible de subsistencia, el convento, los empleos parasitarios en la administración pública y religiosa, y, por último, la plana menor en el incipiente ejército.

Sólo al finalizar el siglo XVIII, a favor de esta confusión de situaciones y de este desalojamiento de clases sociales a niveles económicos inferiores, muchos individuos pertenecientes a las castas, mestizos y mulatos, lograron penetrar a las vedadas facultades, y difundirse, después, en el país como porta-vozes de una nueva ideología, para, en unión de los criollos postergados que luchaban por la supremacía de su clase, polarizar las fuerzas latentes de rebeldía a que produjeron la Guerra de Independencia: Hidalgo, criollo cultísimo, acosado siempre por necesidades superiores a sus recursos pecuniarios; Morelos, mestizo genial, enérgico y puro, cuyo expedien-

te universitario encabeza una probanza de "limpieza de sangre."

Respecto a las escuelas elementales, municipales, parroquiales o particulares, a más de ser insuficientes por su pequeño número, incluso en los centros principales de población y en México mismo, resultaban absolutamente impotentes para transmitir la cultura española a menos de que se le considere debidamente sintetizada en el Catecismo del Padre Ripalda, en el Silabario de San Miguel, en las vidas de santos y en las fábulas, lo cual sería históricamente injusto.

España, se dice, nos legó el magnífico don de su lengua, insuperable "para hablar con Dios"; la lengua de Cervantes y de Santa Teresa que ha servido para expresar tantas cosas profundas, grandilocuentes y piadosas, aun cuando en la actualidad resulte un poco inadecuada para el comercio internacional de las ideas modernas, según una de las últimas lamentaciones de José Vasconcelos. El hecho es cierto; pero sólo en parte y no por cierto resultado de una desinteresada obra cultural.

La lengua es por excelencia un elemento y un símbolo de dominación: el conquistador impone siempre su lengua porque generalmente no sabe la de los conquistados y necesita ser atendido para ser obedecido.

Aparte de los criollos, los mestizos, los mulatos

y las intrincadas castas de ellos descendientes, que recibieron con la vida el derecho al idioma de sus progenitores, los únicos americanos que aprendieron a hablar español y que olvidaron, incluso, su lengua materna, fueron las miseras peonadas indígenas y los servidores domésticos. Más que el sermón del fraile y del doctrinero, el puntapié del patrón y el chicote del capataz, fueron los sabios pedagogos que sirvieron de agentes en esta generosa donación del más importante órgano de la cultura.

Las grandes multitudes nativas que no vivieron en íntimo contacto con el español y el criollo y que no fueron víctimas de la peligrosa asiduidad de los mestizos y mulatos, expertos agentes de la extorsión colonial, no aprendieron el español ni olvidaron sus lenguas vernáculas, no obstante que entre ellos, precisamente, se desarrolló de una manera más enérgica y tenaz la obra catequística, tan ensalzada, cuanto inconsistente, porque quedaron al margen del desarrollo de la vida económica de la Colonia.

La Iglesia tuvo a su cargo, privativamente, la instrucción y la educación pública durante los tres siglos de la Dominación Española; su influencia fue preponderante sobre los distintos estratos sociales de la Nueva España, única y absoluta entre los grupos indígenas; su radio de acción, más amplio que el del Estado mismo, alcanzaba, incluso, a la vida íntima de los individuos y a las más apartadas regiones del

territorio: fue, en consecuencia, el organismo más capacitado para realizar una verdadera transformación cultural.

Ya en 1644, el Ayuntamiento de México declaraba al Rey de España que más de la mitad de la propiedad del país estaba en poder de la Iglesia, y que, después de cubiertas todas las plazas de la numerosa jerarquía eclesiástica, 6,000 sacerdotes esperaban con angustia que se presentase una vacante, siendo, entre tanto, una pesada carga para la población. Contó, pues, desde muy temprano, con elementos económicos abundantes y con personal suficiente para haber difundido, hasta entre los últimos grupos indígenas, los rudimentos, siquiera de la cultura de su tiempo.

No estuvo, sin embargo, a la altura de su misión histórica, porque había perdido el espíritu esencial de su instituto y hecho traición a las máximas esenciales de su doctrina. A mediados del siglo XVII la religión era ya exclusivamente, un ritual complicado que se desarrollaba con la más grande pompa en los templos más suntuosos; la fe una serie de actos de culto material y una sucesión de donativos que terminaban, frecuentemente, con la donación de la fortuna total de un individuo, para el sostenimiento de los más supersticiosos e inútiles caprichos místicos. Las órdenes mendicantes poseían más bienes de fortuna que los latifundistas, comerciantes y mineros

todos del país; los obispos vivían con dispendioso lujo de príncipes, y los altos dignatarios de la Iglesia, regulares o seculares, eran más que pastores de almas, verdaderos gerentes de las únicas instituciones de crédito que funcionaban en la Nueva España.

El indígena había dejado de ser para la Iglesia, bien pronto, "una alma que ganar para el cielo" convirtiéndose en una fuente de explotación sistemática, y la labor de sus ministros, en consecuencia, se redujo a una seca función administrativa: los curas, previamente graduados en lenguas indígenas para el mejor manejo de las obvenciones parroquiales, o venidos directamente de España, ayunos de todo conocimiento e interés espiritual, para medrar al amparo de algún prelado poderoso; los recaudadores de diezmos y primicias, más duros que los calpisques de las tiranías prehispánicas; los legos de las órdenes mendicantes, por último, que para no olvidar en sus fastuosos conventos la "santa pobreza" que prescribían sus reglas, hacían incursiones periódicas por los campos exhaustos, para colmar sus henchidos graneros, y acrecentar sus rebaños innumerables.

Sólo de tiempo en tiempo, cuando se trataba de vencer la resistencia a la expansión colonial de algún grupo guerrero, los plácidos frailes empuñaban de mala gana el viejo báculo apostólico, para regresar apresuradamente a sus conventos, cuando lograban entregar a los rebeldes, inermes y sumisos por la pre-

dicación del Evangelio, en manos del poder militar y de los ávidos colonos que debían explotarlos.

Pero si la Iglesia no cumplió con la misión espiritual que le era propia, puede decirse que superó al poder civil y militar, como firme sostén y aun como órgano de expansión de la Dominación Española (fueron los franciscanos los que primero se lanzaron a la conquista de Texas al saber que pretendían realizarla los franceses), e incluso del Real Patronato, pues si solía protestar débilmente siempre que su ejercicio la lastimaba en sus caros intereses materiales (el Rey de España nunca tuvo el menor respeto a los bienes eclesiásticos) se dejó amputar su miembro más vigoroso y ágil, la Compañía de Jesús, cuando por el internacionalismo de su personal y su férrea disciplina a un poder extranjero, fuera del control real, se hizo peligrosa a la corona su labor política y educativa, principalmente en América donde fomentaba la creación de una aristocracia antiespañola.

No cambió su actitud durante la guerra de Independencia. Los principales caudillos de la revolución fueron sacerdotes y numerosos miembros del bajo clero ingresaron a sus filas o propagaron con entusiasmo las ideas de libertad, pero la Iglesia, como institución, fué su más enconada enemiga. Sólo cuando la insurrección de 1820 obligó a Fernando VII a jurar la constitución liberal, y las autoridades de la Nueva España se vieron en la necesidad de imitarlo,

el clero, viendo en peligro sus privilegios, se sirvió como instrumento de Iturbide, el más cruel enemigo de los insurgentes, para hacer en su provecho la Independencia en contra de la cual habían derramado tanta sangre.

Con la Independencia, el poder incontrastable de la Iglesia se vió acrecentado por la abolición de los derechos de Patronato, que el Gobierno Mexicano no supo reivindicar, porque los militares de alta graduación, veteranos de la guerra contra la Independencia y aun los guerrilleros insurgentes mismos, auxiliados de los criollos ilustrados, duchos en el expediente y aptos para la política intrascendente, asumieron de nombre el poder; pero fué el propio clero, triunfante y ensoberbecido, el que gobernó de hecho y en su exclusivo beneficio.

Los mestizos, inteligentes y audaces, las castas todas, inexistentes ya, desde un punto de vista legal; pero a las que el Plan de Iguala había defraudado en su esperanza de tomar parte directiva, como clase, en la política del país, y les había impedido, por las transacciones a que dió margen, lograr la base económica indispensable para su existencia y desarrollo, por la reivindicación de las propiedades españolas que debían haber pasado al dominio de la Nación, con el mismo fundamento que la propiedad indígena, pasó, por la Conquista a manos del Rey de España, puesto que la propiedad colonial no dejó de ser

nunca una merced real; congregados en torno de algunos criollos de ideología enciclopédica, un poco ilusos pero firmemente decididos a lograr una verdadera transformación nacional, iniciaron la lucha contra el formidable poder, para suprimir, batalla a batalla y ley a ley, los privilegios medioevales del clero mexicano. Ello resultaba, sin embargo, completamente inútil en la práctica: las reformas decretadas por los triunfadores de hoy, eran nulificadas, al día siguiente, por los mantenedores de los derechos materiales de la Iglesia, victoriosos.

Las revoluciones sucesivamente triunfantes, al convertirse en gobierno, sólo encontraban en las arcas del tesoro público cuentas insolutas y compromisos apremiantes; para enfrentarse con el poder temporal de la Iglesia, poseedora de toda la fuerza económica del país, e incluso para sostenerlo, pues el clero fué espléndido al incitar, pero parco al sostener a sus guerreros, tuvieron unos y otros que echarse en brazos de los agiotistas extranjeros. Desde entonces, los diplomáticos agentes de negocios atizaron la hoguera de la productiva anarquía y los almirantes cobradores comenzaron a hacer sus apremios con las granadas de los cañones de sus barcos de guerra.

Aunque tarde, los liberales, entre los que figuraban sinceros católicos que invocaban a Dios al iniciar sus discursos reformistas, comprendieron la inutilidad de la lucha, si no atacaban al clero en el centro

nervioso de su fuerza y las Leyes de Desamortización comenzaron a minar la omnipotencia política de la Iglesia.

Pero los liberales, los puros, como entonces se les llamaba, y lo fueron por muchos conceptos, cometieron el insigne disparate de no aprovechar esa oportunidad, única que se ha presentado, para proporcionar al pueblo mexicano la base económica por la que venía luchando y lucha aún. Como resultado de este trascendental error, la propiedad de "manos muertas" que no pudieron adjudicarse los mestizos, la llamada "clase menesterosa", por la absoluta imposibilidad de pagar las alcabalas establecidas en la ley y los cuantiosos gastos consecuentes de la traslación de dominio; rechazada por los criollos fanáticos que se consideraban condenados a las penas infernales si adquirirían una parcela de la "tierra de Dios" fue subastada por un puñado de monedas, y pasó a manos de extranjeros, muchos de ellos católicos fervientes que habían dejado el alma allende los mares, para que, amparada por el sagrado derecho romano de la propiedad, y por el no menos sagrado derecho internacional, constituya, ahora, el obstáculo más poderoso para una distribución razonable de los órganos de producción agrícola de México y sea el motivo constante de conflictos presentes y futuros.

El indio, entre tanto, quemaba cohetes en honor

de su Santo Patrono y de sus dioses preferidos; pagaba sus obvenciones parroquiales y sus alcabalas; entregaba religiosamente su diezmo de los pocos granos que habían dejado en sus graneros las caballerías bélicas y las primicias con los corderos y los lechones que no consumieron los guerreros en las barbacoas tradicionales o que no habían ingresado como tequio a los corrales del curato. Soldado de todos los ejércitos, cargador de todas las impedimentas, objeto de todos los tributos y gravámenes, vegetaba, y se fundía en los diversos elementos étnicos, en las nuevas generaciones mestizas, o moría por los fueros de la Iglesia o por la libertad, sin que en su corto léxico, útil tan sólo para las necesidades del trabajo, figuraran siquiera esas palabras con sentido cabal.

Pero las leyes de desamortización de los bienes del clero, que, por un subterfugio infantil, se habían hecho extensivas a los bienes de comunidad en general, sin que los protegiera ningún reglamento restrictivo, afectando las instituciones de beneficencia, de educación y los ayuntamientos mismos, hirió principalmente a la propiedad comunal de los pueblos, a los humildes ejidos indefensos, que, más fáciles de obtener, atrajeron de preferencia la atención de los mestizos defraudados en su justo deseo de poseerse de la gran propiedad eclesiástica, y, después, la de los grandes hacendados colindantes, tan mimados por la paternal administración del General Díaz

y tan respetados por sus jefes políticos y sus jueces de Primera Instancia.

Los "criollos nuevos" latifundistas y aun los flamantes pequeños propietarios, bien pocos por cierto, no resolvieron naturalmente el gran problema mexicano de la tierra y de la producción agrícola. Substituida la Iglesia, como institución bancaria legal, por el capital del clero en función clandestina, y por el capital agiotista extranjero, favorecidos por la ley liberal de "libertad de usura", que iba a poder dar sus primeros resultados positivos, la agricultura mexicana, practicada según los procedimientos egipcios, no podía subvenir a los crecidos réditos y a los cuantiosos gastos particulares de los señores de la tierra, ni alimentar a la población parásita de las ciudades y de la creciente clase rural no productora, sino a costa de los salarios de hambre en los campos y del hambre sin salario de los pueblos indígenas. Entonces, la minería en auge, la construcción de ferrocarriles y las incipientes industrias de transformación, fueron atrayendo a sus centros de trabajo a las macilentas peonadas; y la vida imposible de los pueblos sin tierra de comunidad, dispersó en las haciendas a los grupos indígenas que habían mantenido su personalidad étnica, merced al aislamiento.

Después de la caída del Imperio de Maximiliano, la Iglesia Mexicana se vió en trance apurado. La Constitución de 57 y las Leyes de Reforma se co-

menzaron a aplicar según cumplía al jacobinismo de los republicanos triunfantes; el alto clero, involucrado en la tentativa monárquica apoyada por el ejército francés, tuvo que sufrir en el destierro las consecuencias de su derrota, y los sacerdotes extranjeros, agentes viajeros de la salvación eterna, abandonaron al rebelde país que no la quería, de sus manos. El sacerdocio aristocrático que pudo permanecer en México, ocultó su despecho entre las más productivas feligresías y los humildes curas rurales, que no habían disfrutado las dulzuras de los días buenos, soportaron las amarguras de los malos en sus parroquias pueblerinas. Unos y otros se sintieron estrechamente vigilados y fueron más cautos o vivieron con más apego a la moral.

Bien pronto, sin embargo, la influencia social de la aristocracia imperialista se hizo sentir sobre la naciente aristocracia republicana, y los viejos caudillos jacobinos, bajo la persuasiva presión femenina, dulcificaron sus asperezas anticatólicas, relegándolas a las tenidas masónicas o a las ceremonias luctuosas del 18 de Julio; el episcopado manejó con prudencia sus difíciles relaciones con los guerrilleros liberales, convertidos en gobernadores, y, por medio de sus ministros, volvió a ser como en la Epoca Colonial, en cierta medida, un colaborador oficioso del Estado Laico, en la tarea de mantener inmutable un "estado

de cosas" que, a la larga, se tornaría favorable para sus intereses.

A pesar de ello, la Iglesia, que había perdido su poder político directo, al perder su predominio en la vida económica de México, sólo pudo conservar íntegro su influjo social sobre la antigua aristocracia criolla, ampliándolo, en cierto grado, entre las aristocracias de cepa liberal. Las clases medias, formadas principalmente por mestizos, fatalmente burocráticas por falta de base económica, representaban la intelectualidad y, más o menos sinceramente, el libre pensamiento. A servir los intereses de las primeras y a atraer o combatir abierta o solapadamente a las segundas, se redujo, desde entonces, el sistemático esfuerzo clerical.

Las clases trabajadoras de México; obreros, peones y campesinos de los de los grupos indígenas que sobrevivieron a la pérdida de sus ejidos, no habían sufrido modificación espiritual ninguna, porque nadie se había preocupado de ello; pero, en cambio, el nivel económico de su vida había descendido en una forma terrible. Las "tiendas de raya" y el comercio independiente, grande o pequeño, incluso, activo colaborador de los señores feudales de la tierra y de la industria protegida, en la tarea absurda de aniquilar fisiológicamente el único elemento de trabajo posible en México, dentro de los sistemas sostenidos por ellos mismos, habían hecho inútil el do-

loroso desalojamiento de los campesinos proletarizados: el salario medio de 37 cts., igual al que se pagaba en la segunda mitad del Siglo XVIII, tenía un poder adquisitivo de 3 a 4 veces menor. El déficit que implica esta desproporción entre el salario y el costo de la vida, no es exacto en la realidad, desde el punto de vista alimenticio, por cuanto el indio mexicano ha hecho retroceder el límite de lo comestible, en una forma verdaderamente asombrosa; pero limitaba al mínimun su poder de tributación directa.

Las jurisdicciones parroquiales tuvieron, por ello, que ampliarse desmesuradamente, al compás de la despoblación y del empobrecimiento del campo, y las precarias obvenciones parroquiales no permitieron el sostenimiento de los coadjutores necesarios. Muchos pueblos sólo eran visitados por su párroco en el día del Patrono, y los había, incluso, que recibían la visita cural cada cuatro años, para casar a **posteriori** y bautizar a fornidos chicuelos que ya ayudaban a sus padres en las faenas agrícolas. Respecto a los últimos sacramentos, tan importantes para los creyentes, raros eran, por imposibilidad material o por desidia, los que lograban recibirlos.

La vida religiosa de los indígenas, naturalmente, no se paralizó por esto. Los mayordomos de las cofradías, simples sacristanes en otras épocas, comenzaron a ejercer, por la necesidad, funciones sacerdotales en ausencia del cura y llegaron a asumir el

pontificado en materias de dogma y en asuntos de hechicería; la visita del cura fué, desde entonces, para la mayoría de los pueblos indígenas, un acontecimiento inevitable y poco grato, pues significaba una severa reprensión por las innovaciones del culto y, principalmente, un pesado desembolso pecuniario.

La revolución mexicana, iniciada con pretextos políticos, pero originada en el profundo malestar económico, sucesivamente iba concretando sus vagas aspiraciones en programas de transformación social y económica, mal o bien definidos, pues no contó con precursores ideológicos, ni con dirección intelectual oportuna. El clero, incluso el clero bajo que en otras épocas sintió con el pueblo, ha sido, en calidad de aliado fiel de los latifundistas y de las clases privilegiadas, un obstáculo constante para la realización de estos programas.

Por ello, el conflicto religioso, episodio de interés secundario dentro de la revolución, ha afectado profundamente a las clases aristocráticas y a los elementos católicos de la clase media, es decir, a parte de la pequeña burguesía de la ciudad y de los campos, aunque la primera se haya limitado a cuestaciones y rogativas, en tanto que la segunda ha sostenido la lucha armada; pero, salvo en determinadas regiones del Centro de México, en las que, por causas especiales, la acción del clero no se ha dejado de ejercer, no ha tenido repercusión intensa en el pueblo: en-

tre los elementos proletarizados, porque saben que la Iglesia, o por mejor decir, sus ministros, han tomado partido por las clases sociales contra las que luchan; entre los pueblos indígenas, porque no han sido afectados por el abstencionismo ritual del clero, o lo han sido muy débilmente. En materia religiosa se bastan a sí mismos: han recuperado el ejercicio del ritual, de las fórmulas propiciatorias y la comunicación directa con los dioses.

M. O. de MENDIZABAL

MOTIVOS

¿MEMORIAS? ¿BIOGRAFIAS?

¿QUÉ valor tiene, en sí misma, la vida de un hombre ilustre? ¿Cómo pueden su enseñanza personal, el contenido humano de su experiencia—desprendidos del documento que, después de su muerte, los aprisiona—servir de ejemplo al artista vivo, al hombre público en formación, en una palabra: al joven?

La educación moral del hombre por el hombre, por el relato de la vida del hombre, ha sido, desde el Plutarco malicioso de los humanistas hasta el bueno y sentencioso Plutarco de Amyot, un principio aceptado por toda crédula pedagogía. Montaigne que, en la peligrosa alcaldía de Burdeos, puso más de una vez en práctica el escepticismo sonriente de los Ensayos, tenía una fe ingenua en la significación de este aprendizaje y explicaba—él a quien se ha acusado con frecuencia de epicureísmo—las más finas, las más perezosas vibraciones de su temperamento con los textos de las vidas célebres más apasionadas, con los datos más ardientes de la acción. “Je n’ai dressé commerce avecques aucun livre solide, sinon

Plutarque, ou je puyse comme les Danaydes, remplissant et versant sans cesse" dice en su ensayo sobre la educación (*). Y, páginas más adelante, agrega: "En cette pratique des hommes j'entens y comprendre, et principalement, ceux qui ne vivent qu'en la mémoire des livres. ¿Quel profit ne fera il a la lecture des Vies de notre Plutarque?"

Este culto de los héroes que, en labios de Montaigne, se anticipa deliciosamente a la grave religiosidad de Carlyle, se encontraba de acuerdo con el rango de distinción artística a que, durante el Renacimiento, el humanismo había exaltado la vida. La propia existencia se cincelaba entonces como un puñal precioso que algunos—Benvenuto Cellini—no tenían escrúpulo en mojar en un poco de veneno. A este apogeo había de seguir—en las costumbres y en el arte—la usanza opaca de los siglos nuevos. La contrarreforma, aniquilando la bella libertad sensual del poeta, del pintor o del arquitecto renacentistas, suprimiendo su culto, por profano, no halló fuerza bastante en su fe para consolidar la religión cuyo material había enriquecido el libro de horas de la Edad Media. Así como el cuerpo del hombre se ocultó entonces dentro del traje ascético de las nuevas modas, su espíritu, el paisaje de su acción privada o pública, se hizo cada día menos aparente bajo la túnica de esa modestia que la democracia impone a los individuos, a quienes quisiera medir con un solo nivel de mediocridad. A la monotonía de las vidas burguesas, corresponde, en literatura, la desaparición de un género favorecido por la antigüedad: el de Plutarco.

El siglo XIX no produjo verdaderas biografías pero, en cambio, fue extraordinariamente rico en libros de memorias. Todo, en estas últimas, era una incitación al egoísmo sentimental de los grandes románticos: la elasticidad de sus dimensiones, apenas limitadas por la curiosidad improbable del lector, el aparato lírico de sus

(*) *Ensayos*.—Libro 1.—XXV.

pausas y, sobre todo, la libertad, la libertad peligrosa que el arte busca siempre para decaer.

A la biografía, género clásico, el siglo XIX opuso el libro de memorias, de indudable calidad romántica. Y es que el romántico habla siempre en primera persona, aun en los instantes en que la distinción de su obra exigiría más la ausencia de su individuo. Así, la *Historia de Francia* de Michelet no es sino el diario de Michelet a través de sus viajes por las crónicas y los documentos que compulsa, en tanto que *La Leyenda de los Siglos* no significa, para el lector un poco avisado, sino una galería de autorretratos de Hugo, en trajes de época: Hugo-Adán en *Le Sacre de la Femme*, Hugo-Booz en *Booz Endormi*, Hugo-Carlomagno en *Aymerrillot*.

Al reprochar a André Gide el uso inmoderado del "yo" en las páginas de sus primeros libros, Oscar Wilde, dueño a menudo de un sentido muy moderno de las proporciones, no hizo sino presentir, en el poeta de *Nourritures Terrestres*, al prosador de *Sile Grain ne Meurt*. El post-romanticismo de Gide—si de alguno puede acusársele—estriba precisamente en esta presencia, en este don inevitable de sí mismo con que alimenta sus primeros relatos. Su clasicismo, en cambio, consiste en la agilidad con que huye del autopanegírico a lo Chateaubriand, aun a riesgo de incurrir en la confidencia malsana, a lo Rousseau. La modestia, el rigor clásico que otros autores de memorias dejan para la hora crítica de intervenir en la vida de los demás, él sólo los ha puesto en describir su propia vida. De allí el tono sin entusiasmo, de áspera polémica interior, en que lo ha hecho hasta ahora.

Como comprobación de esta tesis, con el centenario del Romanticismo, es decir, con la consagración definitiva de su tránsito, ha coincidido—en Europa—un florecimiento curioso de biografías. Y es que no sólo los libros de memorias han perdido lectores en estos últimos años; parece aún que el novelista no hubiese entrado en descrédito sino para dejar el paso libre al biógrafo al que, por

otra parte, ha venido a impregnar de su cálida temperatura emotiva, prestándole si no todos sus procedimientos, sí la mayor parte de sus útiles. Así se explica el tono de estas dos colecciones: *Les Romans des Grandes Existences*, de la Editorial Plon y las *Vidas de Hombres Ilustres*, de la *Nouvelle Revue Française*. Frente a la novela, la vida. Uno de estos caminos lleva—de la fantasía pura, que nace y muere en sí misma—a la impura, retocada a cada momento por la tímida realidad que no se atreve a suplantarla. El otro no deja a la imaginación sino una mínima parte: la que la verdad exige, a veces, para no presentarse desnuda. Entre ambos, la elección no titubea: nuestra preferencia y nuestra simpatía están con la orientación dada al género biográfico por la *Nouvelle Revue Française*.

Con la orientación nada más. Porque las realizaciones distan mucho de igualarla en sinceridad y en pureza. Junto a la blanda prosa sentimental con que Guy de Pourtalés dibuja las anécdotas más conocidas de la vida de Chopin y de Lizst, hacen falta el sobrio estilo de Jacques de Lacretelle—que anuncia una *Vida de Racine*—la inteligencia, herida en muchos reflejos, de Cocteau—que promete otra de Mozart—o la precisión abstracta de Valéry, a quien, después de una vida entera dedicada al Método, es justo oír hablar, aunque sea un poco tardíamente, de Descartes.

De los libros aparecidos hasta ahora, en la colección de la *Nouvelle Revue Française*, se salvan el de Chesterton, sobre Dickens—a quien considera como autor de mitos más que como novelista—el de Paul Hazard, modesto pero sólido y bien documentado, sobre Henri Beyle y el de Lucas-Dubreton sobre Dumas padre. Pero este último, especialmente, agrava—por sus mismos méritos—nuestra inquietud. ¿Hasta qué punto es autor de una biografía quien la escribe? ¿Dónde empieza su obra? ¿Dónde acaba la del personaje, vivo y absolutamente real, que la inspiró?

Agil, vanidoso, sensual, el padre de *Los Tres Mosques*

teros se apresura a vivir de nuevo ante nosotros, como en un espectáculo, su amplia vida de negro, rey de folletín, en las páginas que la atención estudiosa de Dubreton le consagra. Pero ¿dónde está el arte del autor? ¿En la misma transparencia que lo disimula, que no deja en primer término sino la figura que contiene y que no se atreve a tocar? Frente a la prosa de la novela, cada día más personal y más visible, esta prosa de las buenas biografías contemporáneas no muestra otro deseo que el de adelgazarse y desaparecer. Haciendo girar entre sus dedos el círculo de una sortija mágica, el pastor de una fábula de Rabelais era capaz de penetrar en los recintos más poblados sin ser visto. La prosa de las biografías debería, para considerarse perfecta, estar en posesión de este anillo silencioso de la fábula. Pero, aun seguros de sus virtudes, ¿habría muchos escritores capaces de usarlo? —**JAIME TORRES BODET**

DÍAZ MIRON MUERTO Y VIVO

LOS restos de Salvador Díaz Mirón, uno de nuestros grandes poetas representativos, reposan ya en la Rotonda de los Hombres Ilustres, cerca de los de Amado Nervo. Los dos han sido los poetas más conocidos, más "populares" de México; pero no en el mismo sentido ni entre la misma fracción de lectores. El carácter melancólico, un tanto sentimental, de la poesía de Nervo; su vida oscura, romántica — misteriosa —; su trato y conversación frecuentes con las capillas femeninas que lo rodeaban; el aspecto mundano de sus actividades, hirieron la imaginación exaltada de las mujeres, que lo hicieron "su poeta". He aquí la causa de su notoriedad casi fabulosa en nuestro medio. Díaz Mirón, en cambio, se mantuvo aislado durante toda su vida. En franca re-

beldía contra la sociedad, los poemas declamatorios de su primera época le labraron una reputación que la realidad de sus hazañas confirmó en gran parte. Todo lo que hay en esa sociedad de romántico, de bohemio y de rebelde, creyó y gustó ampliamente de esa poesía combativa e indignada.

Muertos los dos, no dejamos de observar claramente que la leyenda ha perjudicado su memoria. La obra de Neruo se resiente de ese contacto cotidiano con una vida "sin trascendencia", y de Díaz Mirón perduran solamente aquellos de sus poemas que fueron concebidos con un arte puro, alejado de las luchas civiles y de las propagandas socialistas inmediatas. Afortunadamente para su autor, los poemas contenidos en "Lascas"—uno de nuestros libros clásicos—son suficientes para justificar su renombre y el elevado puesto que ocupa en nuestra lírica.

Si por sus primeras producciones se le coloca o clasifica entre los últimos poetas románticos, por los versos de "Lascas" se le asocia generalmente al "Parnaso". El rigor matemático con que trataba el verso, lo hizo producir pequeñas obras maestras de precisión musical, con sonoridades firmes, rotundas. En cada poesía de Díaz Mirón las estrofas tienen una vida particular, desligada del conjunto del poema; y el verso tiene una virtud propia, ajena al valor de la estrofa. Así la palabra con respecto al verso. Paciente labor de búsqueda en pos de una expresión adecuada, desnuda de accesorios, plástica. Sin embargo, cuando Díaz Mirón dice:

"Estudio y peso y mido",

se nos viene a la mente el conocido poema de Théophile Gautier, "arte poética" anterior al Parnaso.

"Sculpte, lime, ciséle".

El parentesco o afinidad con el poeta francés no termina

aquí. A la doctrina del arte por el arte, unían los dos el mismo anhelo de preciosismo, de refinamiento, que tendía a hacer de la poesía una joya trabajada con la minuciosidad de un orfebre, venciendo la dificultad y el dolor de la dificultad. Si Gautier dice:

"Oui, l'oeuvre sort plus belle
d'une forme au travail
rebelle,
vers, marbre, onyx, émail".

nuestro poeta afirma:

"Y en arte no me ofusco;
y para el himno busco
la estética del brusco
estímulo mayor".

Para las inquietudes de la nueva poesía, la obra primitiva de Díaz Mirón ha muerto, ha muerto aun en los versos de sus continuadores: Liborio Crespo, Argüelles Bringas, Rafael López, Abel C. Salazar. Quizás murió con ellos y por ellos. En cambio, la poesía de "Lascas" perdura y nos dicta su lección de trabajo y de pureza. Se ha dicho que si se formara una antología de versos bellos, Díaz Mirón sería, de nuestros poetas, el más ampliamente representado en ella; y es verdad. Por su virtud musical, por su expresión perfecta y colorida, los jóvenes admiran y hacen suya la obra de nuestro gran poeta muerto y vivo. Un grupo de escritores ha aprovechado la muerte de Díaz Mirón para lanzarles un temeroso ataque sin fundamento. Se le compara con los jóvenes y se le ensalza para denigrarlos. El cadáver del poeta les sirve de escudo. Arrebatárselo, no podría ser; combatiríamos con sombras.—ENRIQUE GONZALEZ ROJO

AVENTURAS DE LA NOVELA

EL hombre héroe de novela, como los microbios cultivados en las estufas de los gabinetes científicos, ha soportado todas las reacciones de la literatura. Le seguimos los pasos, por la tierra, hacia el oriente de las aventuras guerreras, amorosas, espirituales; metidos en su piel le acompañamos al suicidio—con el romanticismo—o atestigüamos la realidad de sus acciones visto por el ojo de la llave del naturalismo y por el tragaluz de la psicología. Los más bajos deseos y la voluntad propicia en acción y en acecho para la fortuna o la tragedia nos han sido revelados plenamente por la novela.

Stendhal, Dostoyewsky, Proust, Gide, llenan los carteles de la novela humana, en las cuatro dimensiones sensibles, durante los últimos cien años, pero la guerra, el cine y el periodismo universal, causas conocidas y redichas, obligan al novelista moderno a encerrarse en la poesía que en vez de torre de cristal lleva a cuestas su alcoba de soltero como la tortuga su concha.

Tom and Jerry aprendieron en las trincheras a ver, sentir, decir todas las cosas por sus nombres, a despreciar la suciedad del cuerpo y la angustia del alma frente a la muerte y la tragedia. El cine, por otra parte, “hecho de actitudes y de movimiento como la danza y el deporte” vistiendo con el desnudo del alma el cuerpo vivo, saquea el campo de la novela, como género vívido descriptor de vidas, reduciéndola al **Robinsonismo** en su isla nueva y vieja en donde, parece, todo está por hacer. Los robinsones inventan, construyen. De la reunión insospechada de dos objetos diferentes obtienen el atributo útil y personal: la metáfora, en los límites de la poesía.

Entre Robinsón y Simbad anda el novelista contemporáneo. O poetiza la prosa recreándose en su propio juego, desrealizándola en el narcisismo del cuaderno de notas lleno de apuntes personales, creando primero los objetos para subsistir—como el Robin-

són de la Isla—, o se lanza a la aventura del viaje por sus sueños y sus instintos en diálogo con Freud (arduo conversador para señoritas sport) o nos cuenta una nueva vida de abejas, de hormigas y de térmitas, que se parecen al hombre, para atraer nuestra atención y dominarla en este pequeño viaje del tranvía cotidiano.

Salvan a la novela actual—o al estilo de la novela por hacer— la poesía y el humorismo pero, sobre todo, el buen gusto. Lo cursi y lo sentimental, murieron de su propia vida, definitivamente. Y para triunfar o asomarse siquiera a la vanguardia de este género sin especie: el hombre externo a quien copiar, se requiere ser creador, poeta, no creatura.

En la nueva novela no nos distraen del diálogo directo con el autor, el personaje y la situación. (Creo en Pirandello pero en la novela autobiográfica y narcisista de hoy, alejada de la anécdota que enriquece desde afuera al personaje creado, el autor quiere crearse a sí mismo, mira a su interior, vuelve sobre sus pasos en vez de animar otros personajes que a su vez se conviertan en autores de sí mismos, que es lo que ha sucedido en la gran novela desde el Quijote). El autor lo es todo como en la poesía y, como en el poema, cada palabra, cada frase vale por sí, por su propia virtud. Como habla el autor, no el personaje, en la flecha partida, dirigida, en el juego de palabras, difícil consonante de la prosa, hallamos el valor de su espíritu y los matices tónicos de su concepción. Así esto que puede dejar de ser la novela en el porvenir es ya su instrumento inevitable.

En la aventura actual de la novela cabe también la novela de aventuras de la que Paul Morand es el maestro ¿no viaja a través de la mujer, y alrededor del mundo, la cabeza en París, los pies por el planeta?

Todo lo que pensamos frente al título de un libro recién abierto (*) suele echarlo por tierra su lectura. Vuelta la primera pági-

(*) E. Villaseñor. *Extasis, Novela de Aventuras*, Calpe, Madrid, 1928.

na de esta novela de aventuras, sin estilo y sin la ironía de la aventura; recorridas sus páginas nos queda, solamente, el título de donde tiramos, como de la cuerda el buzo, para salir a flote.

El autor, se advierte, es joven y esta sirena—maniquí de la prosa nueva, lo seduce con externas, peligrosas sonrisas. De la aventura resultó una novela en que la sirena perseguida golpea al perseguidor... porque se ha equivocado.—**B. ORTIZ DE MONTIELLO**

PIRANDELLO SIN PALABRAS (*)

NO sé hasta qué punto pudiera comprobarse, dentro de la obra de Pirandello, la suposición de italianidad fundamental que Benjamin Crémieux formula al frente de la versión francesa de *Vieja Sicilia*. Dar, como explicación insustituible del carácter de Pirandello, el torturado argumento de su origen siciliano, resulta un poco estrecho para la calidad de su psicología sin fronteras y recuerda, con proximidad demasiado sumisa, las teorías de Hipólito Taine sobre el medio y su influencia en la obra de arte.

(*) A solicitud de Benjamin Crémieux, Pirandello escribió para la traducción francesa de *Vieja Sicilia* (Kra, París, 1928) las siguientes líneas autobiográficas: "Desea usted algunas notas acerca de mi vida. Me hallo, querido amigo, en dificultad extrema para proporcionárselas. Y esto por la sencilla razón de que me he olvidado de vivir hasta el punto de no poder decir nada, absolutamente nada sobre mi vida, si no es—acaso—que no la he vivido: la he escrito. De suerte que, si desea usted saber alguna cosa de mí, podría responderle: Espere un poco, querido Crémieux, a que proponga su pregunta a mis personajes. Acaso estén ellos en condiciones de darme a mí mismo algún informe. Pero tampoco puede esperarse mucho de ellos; son, casi todos, gente insoportable que no tuvo sino muy poco o nada que agradecer a la vida.

Nací—eso, lo sé—en Agrigento, Sicilia, el 28 de junio de 1867. La abandoné a los 18 años, para venir a Roma. Un año después, salí para

Pirandello es un hombre de hoy que fue también—a su hora—un hombre de ayer y que no ha dejado de ser un solo día lo que su teatro revelará siempre: un italiano. En la más descarnada de sus realizaciones, en los mismos Seis Personajes en Busca de Autor, hay escenas enteras en que el sentido y el tono de la emoción, en lugar de acentuarse, se atenúan con el pedal indiscreto de cierta inevitable declamación latina. ¡Pero, en cambio, qué enjuto en su conjunto el total de su obra plena! ¡Y qué contenida si se compara con la de otros autores italianos, antecesores y contemporáneos suyos! Su estilo—que es un estilo de cosas y no un estilo de palabras como el que se queja de advertir en la mayoría de los grandes artistas de su pueblo—quisiera, al menos en la intención, evadirse de la tierra en que nace. Y esta actitud nos hiere lógicamente más en la hora precisa en que Benjamín Crémieux insiste sobre una necesidad de circuns-

Alemania, en donde viví dos y medio. Una tesis escrita en alemán sobre los dialectos romances me valió el doctorado en Filosofía y Letras de la Universidad de Bonn. De allí regresé a Roma, pero no traje a Heine—como algunos se complacen en decir—sino a Goethe, de quien traduje las Elegías Romanas.

De todo esto, no me ha quedado nada. Creo realmente que, en la pequeña medida de mi valor, no debo nada a nadie. Lo he hecho todo modestamente, solo. No tuve ningún modelo literario y, con los cajones llenos de manuscritos, luché mucho—más de seis años—por encontrar un editor.

No conocí a Carducci. No conozco a d'Annunzio. Con Giovanni Verga no tuve relaciones sino hasta mucho después, cuando las fiestas organizadas por su ciudad—Catane—en ocasión de sus ochenta años. El Consejo Municipal me había invitado a pronunciar el discurso conmemorativo. Al hacerlo, expuse las razones por las que su renombre había sido—y debía necesariamente ser—ahogado por el de los demás. En Italia, se prefiere un estilo de palabras a un estilo de cosas. Por eso Dante murió en el destierro y Petrarca fué coronado en el Capitolio.

En cuanto a mí, querido Crémieux, —*silicet parva componere magnis*—no sé a punto fijo por qué no me han lapidado aún, pero le juro que, por mí, no ha faltado”.—Luigi Pirandello.

tancia y trata de convertirla en terrible necesidad de causa a efecto.

Sin embargo, frente a la curiosidad de Pirandello por las cosas ¡cómo cobran singular y nuevo atractivo las palabras! Delicados, preciosos objetos que, al sol meridional de un arte sin concesiones, parecen destinados a no enriquecerse ya, como en la aurora sin crítica del lenguaje, con la sombra indecisa que los continuaba, las palabras, las difíciles palabras que él desprecia, nos siguen burlando con la redonda plenitud de su superficie de esferas, siempre preparadas a huir.

Se entiende que un conceptista como Pirandello ignore la delicia de Góngora, su vicio, su elaborada y preciosa virtud. Pero lo que se entiende menos es que un dramaturgo pase, en estas insinuaciones críticas, junto a las palabras sin sentir su tragedia, su profundo, misterioso poder de evocación. ¿Qué escenas de su teatro—y no exceptuamos las mejores—podrían deslizarse hasta el fin si una voluntad maligna, un capricho o, simplemente, una torpeza del traductor hubieran sustituido—a las palabras esenciales en que sus personajes se realizan—el verbo sin expresión o el adjetivo sin temperatura que acaso, en un principio, su misma mano original quiso elegir pero que su penetración más ávida rechazó en seguida?

Un músico que hiciera profesión de desdeñar los sonidos, un pintor que, al referirse al estilo de otro, lo acusara de ser un estilo de colores y no un estilo de asuntos, nos parecerían seguramente imperdonables. Sin embargo su actitud no se distinguiría mucho de la que escoge ahora Pirandello para situarse, como Hamlet, en el principio de un nuevo monólogo. Por fortuna, el autor—diestro en el fino ejercicio de las paradojas—se ha anticipado a contradecir él mismo este perfil de su engañosa autobiografía con la línea, mucho más segura y dibujada, de la forma limpia en

que cristalizó la mayor parte de sus obras maestras, demostrándonos de nuevo así que, para desdeñar de prisa la retórica de los demás es preciso, casi siempre, haber empezado por dominar lentamente la propia.—J. T. B.

TEATRO JUDIO:—El Dibbouk por An-Ski

EL teatro de An-Ski ha sido, seguramente, una sorpresa para el teatro Europeo. Tan grande como la del sabio que cuando volteó receloso, ocultando bajo el saco el fruto tan difícilmente conseguido, vió que otro sabio le seguía, comiendo francamente del mismo fruto.

El amor, el adulterio, todas esas pequeñas basuras de que Occidente ha tenido que ir limpiando con tanto trabajo sus escenarios, han sido siempre para los judíos problemas secundarios de fácil resolución en el misterioso más allá, única realidad para ellos importante. La superstición ingenua, sabiduría de su vieja raza, ligada a través del tiempo por razones de parentesco a otras no menos interesantes, ha sido terreno propicio para la aclimatación del teatro contemporáneo.

Leyenda dramática, llama el autor a "El Dibbouk". Queremos creer que se trata de una ironía. Porque ¿hay drama posible en una obra en que el dolor, por obedecer a causas desconocidas, se desrealiza, y en que la muerte no es más que el paso de una vida misteriosa a otra más diáfana, más libre? Más libre para los personajes y para la escena. Aquí los muertos, ausentes, se convierten en los tipos más reales, más palpables, cuando libres de las fuerzas que apartan a los hombres de su destino, se apoderan de él y corrigen el de los vivos, irreales en su realidad.

La parábola, con carta de naturalización poética, también cabe en esta obra judía. También el personaje del coro griego, que tendrá que adaptarse al teatro moderno sustituyendo al mismo autor

en las notas que no hace mucho se usaron como aclaración, fuera de la obra.

Pero si la inquietud occidental hizo viajar al teatro europeo por caminos extraviados, en tanto que la raza judía se conservaba pura en su quietud, ésta ha tenido que recurrir ahora a las enseñanzas y a la experiencia adquiridas por los errores occidentales. Desde luego, no podía sustraerse a la influencia rusa tan cercana, ni a la alemana, notable sobre todo en los decorados de sus teatros, aunque algunos pintores, formados en Francia, como Falk, continuador de Cézanne en Rusia, hayan ampliado las influencias.

De formación francesa es también An-Ski, contaminado durante su vida en Francia, a principios de siglo, de los ímpetus revolucionarios de Antoine y de Copeau. Sólo así fué posible que un hombre que dedicó las mejores actividades de su vida a los estudios sociales y por ellos sufrió destierro, nos ofreciera un teatro depurado, artístico, ajeno a la propaganda de ideas, tan en boga en Rusia, entre sus contemporáneos.

Ciertamente, la influencia europea es la que ha permitido a An-Ski desarrollar un juego lento, limpio, se diría que casi sin palabras, en el silencio de la Sinagoga de muros patinados, frente a un sepulcro encantado, en esos lugares propicios para el advenimiento de las potencias desconocidas que hacen al espíritu vivir, por un momento, la realidad que la vida tumultuosa no puede ofrecerle. Pero si este autor, como los demás representativos del teatro judío, no hubiera hecho más que aprovechar las influencias europeas, hay que convenir en que las ha aprovechado muy bien, y ha logrado con ellas, un teatro personal, nacionalista y al mismo tiempo universal, con el que puede ahora ofrecer una enseñanza a sus mismos maestros, y, sobre todo, a quienes están en el principio de todos los caminos, sin decidirse por ninguno.—**CELESTINO GOROSTIZA.**

MORALIDADES LEGENDARIAS

RELEER—con curiosidad, con caprichos, con estudiados desórdenes—es, casi siempre, abrir una nueva caja de Pandora. ¿Qué sorpresas podrían no caber en este baúl mágico: un libro ya leído? Y, como desde que lo abrimos por primera vez hasta el instante en que lo releemos, el tiempo nos ha insensiblemente enriquecido, hacer la suma de sus tesoros es hacer también el inventario de nuestras experiencias. Si no con este deseo, con otros—que se le parecen mucho—*Le Mercure de France* ha decidido reeditar a Laforgue. ¿Reeditarlo no es ya una incitación a releerlo?

¡Cuántos giros sutiles, cuántas rápidas siluetas que muchos creyeron sin duda absolutamente de hoy, originales, caben en estas fábulas modestas! Desde la postura de su ironía hasta el ágil escorzo de su estilo, todo hace de Jules Laforgue uno de los maestros más directos de la prosa francesa contemporánea. ¿Por qué, entonces, no haberlo hecho figurar en las antologías de los prosistas nuevos?

Una de las damas abandonó su brazo, desnudo, sobre el agua. Los ladridos, las risas, y las voces del lago llegaban hasta él, clarificados, como en una acuarela.

Esta frase, que podría interpolarse en un relato de Giraudoux, es simplemente la descripción de un atardecer frente a la explanada de Elsinor. En esta otra, fina y sensual como el lápiz de cosmético rojo con que Morand dibuja los besos artificiales de sus heroínas:

Pero, como bocas, quedaron sus ojos succulentos, mientras su boca se entreabría con la tristeza de una mirada...

Buscar modelos para la buena prosa de hoy no sería tan difícil como algunos, recién llegados a escribirla, vanidosos-

mente lo suponen. Pero no los busquemos. Acaso la tarea de perseguirlos nos marchitara la delicia de encontrarlos.—M. ROJAS.

UN DISCIPULO ARGENTINO DE LOPEZ VELARDE

LA muerte inesperada halló a López Velarde joven, en producción plena. Su obra quedó trunca, incompleta, pero viviente y alentadora. Discutida y atacada en vida del poeta, ahora se exalta, se magnifica, marca un camino y constituye un ejemplo. Su gran virtud ha sido, en realidad, la de enseñarnos a ver las cosas de la patria con una mirada nueva y un espíritu ortodoxo, lleno de amor y de fuerza. La riqueza de las imágenes y de los adjetivos imprevisitos en un metro que raras veces dejó de ser tradicional—católico—, hizo de la obra de Ramón López Velarde un esfuerzo personal, original en la literatura mexicana.

Tuvo discípulos, en México. Algunos de ellos, acompañándolo en vida, a la zaga de sus pasos y descubrimientos; otros, póstumos, que parecen haber nacido de su muerte y, en cierto modo, viven de su memoria. En el extranjero, hasta ahora, ha sido un desconocido o un incomprendido. Más bien lo último. Los accesorios de espacio y de lenguaje—audaz y sorprendente—le imponían una limitación para las inteligencias lejanas. Pero en esta poesía de tono elegíaco y doloroso condenada por su autor a torturarse a sí misma, a morir varias veces y renacer más pura, había un sentido nuevo, una recreación continua del arte.

Los dos aspectos—distintos, definidos—de la obra de López Velarde han corrido diversa suerte. El primero de ellos, superficial,

formal, muy personal en último caso, ha constituido una falange de jóvenes enamorados líricamente de la provincia, sin ahondar en ella, como lo hacía el maestro; y de viejos catalogadores de palabras mexicanas, de temas mexicanos, que no pueden introducir en sus repertorios una chispa de poesía que los anime. López Velarde tenta la provincia en sí mismo. De ahí la ingenuidad mezclada a la sabiduría, la timidez de mano de la audacia. De ahí también esa visión pura y complicada a la vez, de los seres y de las cosas—relaciones sutiles, religiosas, entre el paisaje y el alma.

El nacionalismo de López Velarde nace de una lucha, de una pasión oscura en el espíritu del poeta. Espectador de los años crueles de la revolución mexicana, miraba las ruinas ambientales en los paisajes maravillosos de la tierra y de los hombres. Era demasiado católico para ser revolucionario; había en su alma un fermento de reacción inevitable. Un complejo, fácil de comprender en un hombre que iba a la vanguardia del arte y a la retaguardia de la política, lo lanzó a esa exaltación piadosa—nostálgica, dolorida—de las bellezas de la vida y del paisaje de México. En el poema central de esta manera del poeta, "LA SUAVE PATRIA," los reproches ocultos van unidos a algunos de sus mejores versos.

"Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de milagro, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,
con tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal."

LA SUAVE PATRIA

Y todo un poema, "EL RETORNO MALEFICO," deja transparentar, más que ningún otro, esta agonía de su pensamiento:

“Mejor será no regresar al pueblo,
al edén subvertido que se calla
en la mutilación de la metralla...”

“Y la fusilería grabó en la cal
de todas las paredes
de la aldea espectral,
negros y aciagos mapas,
porque en ellos leyese el hijo pródigo
al volver a su umbral
en un anochecer de maleficio.
a la luz de petróleo de una mecha,
su esperanza deshecha...”

“... Y una íntima tristeza reaccionaria.”

EL RETORNO MALEFICO

El “nacionalismo” de Ramón López Velarde no es —como recientemente lo ha dicho un crítico—una expresión de la vida y el alma nacional, en un sentido objetivo, sino de su vida y alma propias. Pero el sentido recóndito de su obra huye continuamente de la comprensión de las mayorías. Parece gozarse en permanecer oculto, impuro, mezclado en la veta a metales de bajo precio. Muy pocos son los que han sabido extraerlo, desligado de impurezas, para mostrarlo en su esplendor de buena ley. Abundan los prosélitos, pero faltan los discípulos inteligentes.

En ese panorama curioso de la literatura argentina, donde el ímpetu criollo se desorienta ante la inmigración, se funde en ella, se quiere crear una tradición que no existe y da pasos de costado creyendo que son al frente, López Velarde ha encontrado un pro-

sélito—¿un discípulo?—Este hecho no debe parecernos inusitado, porque ya es tiempo de que López Velarde traspase las fronteras. Su poesía honda, llena de sugerencias, no debe quedar solamente entre nosotros, para delectación de una minoría depurada.

Ricardo E. Molinari, autor de "EL IMAGINERO," es uno de los poetas jóvenes que ampara la Editorial Proa de Buenos Aires. Este volumen, de hermosa presentación, se abre con una cita de Bocángel y se cierra con un verso de Mallarmé. En ese punto de relación en que se coloca el poeta argentino, entre el francés y Bocángel, el equilibrio es emocionante, por difícil. Pero estos epígrafes engañosos nada tienen que ver con la obra de Molinari. Inútilmente buscamos en ella el vínculo que la liga, espiritual y formalmente, a Mallarmé. Ese afán purificador—retórico en gran parte—del poeta francés, está por completo ausente y en contradicción con "EL IMAGINERO."

Nos encontramos en presencia de un "nacionalismo" tímido, complicado con modalidades nuevas, no tanto en la factura de los versos como en el ángulo desde el cual se enfoca el arte. El "POEMA DE LA NIÑA VELAZQUEÑA"—sin duda el acierto del libro—contiene los mejores elementos de esta clase de poesía, que se construye con una emotividad romántica sobre complicaciones modernas de estilo.

Cuando no se llega a una realización discreta—lo que sucede a menudo en el libro de Molinari—el prosaísmo aparece en su desnudez anti-rítmica. Bocángel se queda en el umbral y Mallarmé huye por la puerta trasera. Sólo quedan, guardando el templo, un esfuerzo de novedad y una influencia. Esta influencia es la de Ramón López Velarde.

La "ELEGIA A LA MUERTE DE UN POETA JOVEN" nos lo confirma a priori. Y, aunque la crítica no necesita para ello de esta prueba circunstancial, los siguientes versos:

"yo he de vivir
como la vainilla

honesto, en su frasco
y en su alacena."

HOSTERIA

"... que era metal labrado
y compotero..."

EL IMAGINERO

nos recuerdan casi a la letra las frecuentes asociaciones que hacía López Velarde, entre su alma pura, de emanaciones aromáticas, y la canela, la vainilla, el ajonjolí. Su espíritu—alacena—conservaba ese perfume tradicional de las viejas arcas, donde yacían revueltos, en familia, las especias, las compotas, todo un pasado honesto de provincia. Cuando Molinari huye de estas relaciones caseras, cae entonces, con las mismas palabras, en las citas religiosas de López Velarde:

"Yo quebraré la tierra labrantía
como lo hicieron mis hermanos;
y encenderé una vela
a San Isidro Labrador..."

POEMA DEL ALMACEN

Pero hay ciertas cosas de técnica difusa que se escapan a un análisis rápido como éste. Ese algo vaporoso que forma el estilo inconfundible de los poetas que tienen una poderosa personalidad. Así, quien lea los siguientes versos de "EL IMAGINERO," no podrá menos que reconocer en ellos la influencia clara, precisa, sin lugar a dudas, del poeta mexicano.

"...tu dedal
que ha de servir de mausoleo
y catedral..."

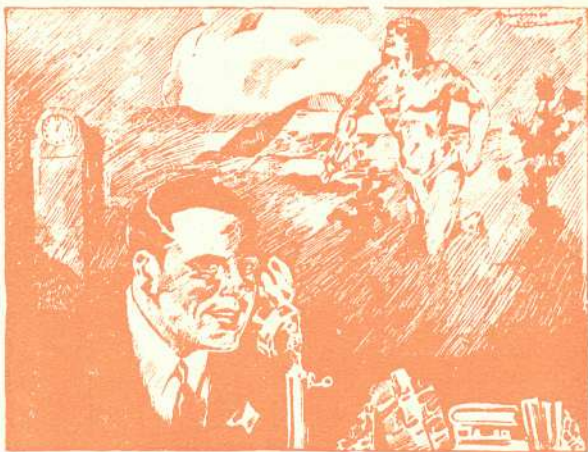
“... la lentitud perpleja
de tu minuterio...”

EL IMAGINERO

“Vives en una presencia
que jamás es escándalo...”

TRES POEMAS PARA UNA SOLEDAD

Y seguiríamos citando versos y más versos de la mayoría de los poemas contenidos en el libro de Molinari. Los anteriores, para nuestro objeto, son suficientes. El poeta de “EL IMAGINERO”, por desgracia, se ha limitado a la primera de las influencias que parten de López Velarde, es decir, la meramente formal. Hubiéramos querido que algo del espíritu del maestro hubiera pasado a las páginas del primer libro del poeta argentino, interesado solamente en la expresión verbal del poeta nuestro. Ese algo hubiera merecido elogios, no censuras. Estas se vienen a la mente cuando las palabras recuerdan a otras palabras y todo se vuelve palabras. El libro de Molinari está hecho con las palabras de López Velarde.—*E. G. R.*



Los Métodos Cambian

COMPARADAS con los antiguos métodos para la transmisión de mensajes, las características de los sistemas modernos de comunicación son casi increíbles e ilustran el enorme esfuerzo del hombre para acercarse a sus semejantes por medios cada vez más rápidos.

DESDE los "paynani" aztecas—los célebres correos de Moctezuma—la rapidez ha sido el factor más valioso en la transmisión de mensajes. En los negocios, el elemento del tiempo es hoy todavía más importante que en aquellos remotos tiempos. Los momentos perdidos en el arreglo de un asunto, a menudo establecen la diferencia entre el éxito y el fracaso.

EL SISTEMA telefónico "MEXICANA" en la República está conectado con el 80 por ciento de los teléfonos en uso en el mundo entero. Este detalle revela cuán valioso es para el público el servicio del teléfono "MEXICANA."

Por el teléfono "MEXICANA" puede usted comunicarse con cualquiera persona entre el Distrito Federal, Querétaro, San Luis Potosí, Saltillo, Monterrey, Nuevo Laredo y Tampico y los Estados Unidos, Canadá, Cuba, Inglaterra, Escocia, Gales, Alemania y puntos de Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suecia.



*Compagnia
Telefónica, Telegráfica
Mexicana*

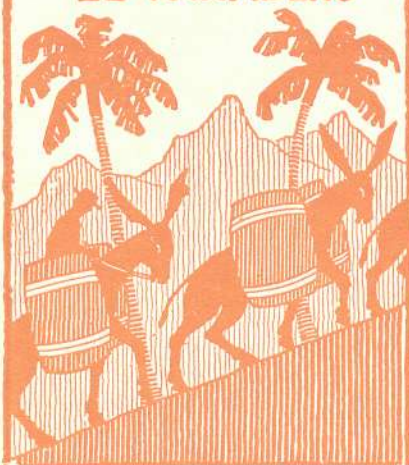
Jabón de Ross




**SALUD
EN EL
HOGAR**

**PILDORAS DE VIDA
DEL DR. ROSS**
"SIEMPRE BUENAS"
Para todos los
Miembros de
la Familia

EL PANADERO



Del mismo modo
que el buen pan
alimenta los órga-
nos de la digestión,

Vigorón

da fuerza a la san-
gre debilitada.

Es el remedio supre-
mo para los ané-
micos.

LA VOZ NUEVA

REVISTA DE OPINION

DIRECTOR:

RICARDO DE ALCAZAR

ALLENDE NUM. 46

MEXICO. D. F.

INSTALACIONES ELECTRICAS

EN LOS MEJORES
EDIFICIOS DE LA
CIUDAD, HEMOS
HECHO LA INSTA-
LACION ELEC-
TRICA.

Souza y Rincón Gallardo

LOPEZ Y NUEVO MEXICO

TELS. { 12-98 ERICSSON
10-20 NERI.

LAS TRES OBRAS CUMBRES DE ACTUALIDAD:

GEOGRAFIA UNIVERSAL
HISTORIA NATURAL Y
LAS RAZAS HUMANAS

PUBLICADAS POR EL INSTITUTO
GALLACH

REPRESENTANTES EXCLUSI-
VOS PARA LA VENTA EN
MEXICO

PORRUA HERMANOS

ESQUINA AV. ARGENTINA Y JUSTO
SIERRA

PIDA UD. PROSPECTOS

LEA USTED

REVISTA DE OCCIDENTE
MADRID

1928-LAHABANA

NOSOTROS-BUENOS AIRES

NOUVELLE REVUE
FRANCAISE
PARIS

REPERTORIO AMERICANO
S. JOSE, C. R.

ADQUIERA USTED EN LAS PRINCIPALES LIBRE-
RIAS DE LA REPUBLICA O, DIRECTAMENTE, SOLICI-
TANDOLO POR CORREO, FRANCO DE PORTE. A

CONTEMPORANEOS

LAS SIGUIENTES OBRAS:

B. J. GASTELUM	INTELIGENCIA Y SIMBOLO,	CALPE, MADRID.	\$ 2.00
JAIME TORRES BODET	POESIAS	" "	1.40
" "	MARGARITA DE NIEBLA	CULTURA, MEXICO	1.50
" "	CONTEMPORANEOS (CRITICA)	HERRERO, MEXICO	2.00
E. GONZALEZ ROJO	EL PUERTO	CULTURA	1.50
" "	ESPACIO	MUNDO LATINO,	
		MADRID	2.00
G. GARCIA MAROTO	1930	BIBLOS, MADRID	1.50
" "	ANDALUCIA	" "	3.50
" "	ESPAÑA MAGICA	ACCION,	8.25
B. ORTIZ DE MONTELLANO	EL TROMPO DE SIETE		
	COLORES	CULTURA, MEXICO	1.50
" "	RED (POEMAS EN PROSA)	PROXIMO A PUBLICARSE	
JOSE GOROSTIZA	CANCIONES PARA CANTAR		
	EN LAS BARCAS	CULTURA, MEXICO	1.50
XAVIER VILLAURRUTIA	REFLEJOS	" "	1.50

EDICIONES DE
CONTEMPORANEOS

ACABA DE APARECER LA
**ANTOLOGIA DE LA POESIA
MEXICANA MODERNA**

EDITADA POR JORGE CUESTA
UNA HERMOSA SELECCION DE LOS MEJORES
POEMAS DE LOS MEJORES POETAS DE MEXICO

PRECIO DEL EJEMPLAR \$3.00

DE INMINENTE PUBLICACION:

E. GONZALEZ ROJO
**ANTOLOGIA DE LA PROSA
MEXICANA MODERNA**

CON ABUNDANTES NOTAS CRITICAS
Y BIBLIOGRAFICAS

SI UD. SE INTERESA POR ADQUIRIRLAS,
DIRIJASE A

CONTEMPORANEOS
APARTADO POSTAL NO. 1811 MEXICO, D. F.

